

CUADERNO PARA SER SABIO

Jesús Martínez García

Podemos saber de muchas cosas en esta vida, pero lo que no debemos desconocer es la verdadera sabiduría, *lo único necesario* de lo que nos habla Jesucristo. Este Cuaderno te puede ayudar de una manera sencilla y con muchos ejemplos a tener *temor de Dios*, que es el principio de la Sabiduría y desde ahí seguir, como dice el poeta, *la senda de los pocos sabios que en el mundo han sido*: el Amor de Dios.

ÍNDICE

1.El sultán que se volvió sabio

DALE SENTIDO A TU VIDA

2. Piensa como persona.
3. El necio no cree en Dios.
4. El sentido de la muerte.
5. Haz lo que debes hacer.

EL ARTE DE VIVIR

6. Para elegir bien.
7. Enreca tu voluntad.
8. Obedecer es de sabios.
9. No te crees necesidades.

EL PROYECTO DE DIOS

10. No basta ser buena persona.
11. Ser santo es posible.
12. ¡Sígueme!
13. Respuesta: ¡hágase!

EL ENEMIGO

14. El diablo.
15. Las tentaciones.
16. El pecado.
17. El infierno existe.

PARA VENCER

18. La misericordia de Dios.
19. La lucha del cristiano.
20. Contra corriente.
21. Tu Madre del cielo

1. El sultán que se volvió sabio

Cuentan que un joven sultán de Egipto comenzó su gobierno en las circunstancias más favorables, pues tras someter a sus enemigos sirios y árabes habían, podía vivir en su palacio de El Cairo orgulloso de la paz, la gloria y la riqueza conseguidas. Pero con tanta grandeza, y aunque había sido formado cuidadosamente en la fe de sus padres, brotaron en su alma toda clase de dudas sobre la existencia de un ser supremo, todopoderoso y sabio, cuya mano gobierna la vida de los hombres.

«Todo lo que soy –pensaba– es por mí mismo. Lo único que necesito es servirme acertadamente de mis propias fuerzas y de los demás hombres y aprovechar con inteligencia las circunstancias. ¿Cómo puede un ser supremo saberlo todo y ocuparse de todo? Semejante creencia es una ilusión inculcada al pueblo humilde para que se someta a la autoridad y al orden. Si Egipto me considera a mí como a su Dios, ya no necesita otro.»

Así pensaba, o mejor, así quería pensar, pues con frecuencia revivían en él los sanos sentimientos de su infancia y juventud y reconocía, con angustiosa zozobra, que la primera duda arrastraría pronto otras mayores tras sí y haría de él un completo infiel, un verdadero ateo. Desasosegado por estos pensamientos, reunió en su palacio a los sabios de su país para que disipasen sus dudas. Pero los sabios sólo pudieron decirle que debía confiar en el gran profeta que Dios había enviado y creer en sus palabras.

–¿No era también el profeta un hombre como yo? –respondió el sultán–. ¿Por qué he de creer en su palabra si no tengo pruebas de que dice la verdad?

–Soberano señor –respondió uno de los sabios–, si exiges pruebas visibles, que puedan contemplar tus ojos, de cosas invisibles y espirituales, quieres algo imposible y contradictorio. Creer es ver con los ojos del alma; el hombre exterior encierra dentro de sí otro espiritual.

–¿Quién puede demostrar que hay un espíritu y cosas espirituales? –insistió el sultán–. Pensar y vivir, apetecer y querer; en una palabra, espíritu y cuerpo son una misma cosa, y cuando el hombre muere todo desaparece. Yo desearía que me convencierais de que no es así o que estéis de acuerdo conmigo.

Los sabios se estremecieron y tuvieron lástima del sultán, pero sólo pudieron ayudarle con el consejo de que meditase y considerase en silencio sus dudas. Y con esto, la reunión se disolvió y el sultán quedó abandonado a sí mismo. Pero algunos de los sabios, comprendiendo la peligrosa situación en que se hallaba el sultán y temiendo que poco a poco perdiera la fe y, entregándose a sus desatados apetitos, se convirtiera en un terrible tirano y opresor de su pueblo, fueron en busca del famoso mago Shajabedín, que no había asistido a la reunión. Al comunicarle sus temores los sabios, el anciano movió su venerable cabeza, tomó un bastón y se encaminó al palacio del sultán.

El sultán le recibió con gran cordialidad pues le tenía gran estima desde pequeño, pero no le gustó que le dijera que estaba enfermo en su espíritu. Shajabedín continuó:

–Soberano señor de los pueblos, estás en peligro que quedar completamente ciego y, abandonado a ti mismo, ser un juguete del capricho, si no pones remedio pronto. Para curarte he dejado mi soledad. De ti depende que quieras someterte al tratamiento.

El sultán le prometió hacer todo lo que le ordenare. Entonces Shajabedín ordenó traer una bañera, llenarla de agua y pidió al sultán que entrara en ella. Luego el mago sacó un frasco y vertió en el agua una savia de hierbas escogidas, que como en el agua, actuaría también a través del cuerpo en su invisible habitante: el espíritu. Pasado un rato Shajabedín dejó al sultán que saliera de la bañera, se vistiera y se sentara en un sofá. Apenas hizo esto, el sultán quedó sumido en un profundo sueño.

De repente se vio trasladado a la azotea de su palacio, desde donde podía ver todo El Cairo y sus alrededores. Todo le pareció como un gran jardín, en el que los habitantes se movían dichosos y alegres y obedecían sumisos al sultán. Incluso el desierto le pareció transformado en un delicioso valle lleno de árboles, flores, arroyos de plata. En la lejanía vio los brillantes séquitos de Siria, Etiopía y la India que le traían sus tesoros como vasallos suyos. Bajó al piso de abajo para recoger su sable y miró por una ventana para ver si llegaba ya la comitiva.

Pero un terrible espanto se apoderó de él al ver que, de repente, todo había cambiado: veía arder los edificios, oía los gritos desesperados del pueblo y los aullidos feroces de sus enemigos. Un esclavo entró en la estancia y le dijo que no había tiempo que perder, pues los tres ejércitos habían entrado en la ciudad y ya estaban a las puertas del palacio.

Afortunadamente un barco de mercaderes estaba a punto de hacerse a la vela y allí le llevaron sus propios esclavos. El sultán le dijo que, por el amor de Dios, le dejara embarcar. Pero el mercader soltó una carcajada y dijo que su dios se llamaba dinero y amor quería decir pagar. Aquellas palabras hicieron arder de ira las entrañas del sultán. Mientras sacaba su rico sable cuajado de piedras preciosas, que llevaba escondido bajo el manto de esclavo, pensó: «Debo entregar lo último que me queda, este sable» Y con gran dolor lo puso en manos del mercader. El sultán derramó las primeras lágrimas desde su subida al trono.

Mientras el barco se adentraba en el mar, contemplaban el fuego y el humo de El Cairo. Un marinero dijo que lo único que lamentaba era no poder ver cómo ardía el palacio del sultán, pues a él le debía tener que ir sin patria, por el engañoso mar, siempre entre la vida y la muerte, puesto que él mandó devastar su tierra en Arabia. – Pero ahora veo, continuó el marinero, que por encima del tirano y de nosotros hay alguien más poderoso, que a su tiempo se encarga de hacer justicia. Hace poco este tirano llamó a los sabios de su reino para preguntarles si había Dios; ahora lo sabrá bien en su palacio en llamas o en el infierno.

Un estremecimiento sacudió todos los miembros del sultán al oír estas palabras. Le pareció como un juicio de Dios y de su conciencia. Para que no le conocieran esquivó la compañía de los marineros. Este miedo a los hombres era ahora su mayor tormento. Se sentía como un maldito.

De pronto, el cielo se cubrió de nubes y poco después comenzó a soplar el viento con furia. Las embravecidas olas lanzaban el barco hacia el cielo y lo dejaban caer luego en el abismo; los mástiles y el timón crujían y se rompían. Por fin la embarcación chocó en un banco y el mar comenzó a adueñarse de ella. El mercader hizo bajar el bote para salvarse él y la tripulación. El sultán suplicó insistentemente que lo admitieran, y, cuando todas las súplicas resultaron inútiles, dijo: –«Soy el sultán de Egipto y os lo pagaré espléndidamente. –Entonces el dueño del barco sacó el sable que había recibido de él, lo levantó en alto y gritó: –Tú, perro del diablo, tienes la culpa de nuestra desgracia y de la pérdida del barco que te ha acogido... Por ti, blasfemo, nos ha perseguido la tormenta y el rayo. De tu misma espada debías recibir el castigo... Pero no, que las olas te traguen en compañía de tu inmundo sable manchado en sangre. –El

mercader tiró la espada al suelo, y en ese momento un ola destrozó el barco y tiró todos al mar.

Era noche cerrada cuando el sultán despertó de su aturdimiento y se hallaba tendido sobre las duras piedras, con los miembros molidos por la paliza. Pronto empezó a alborear y entonces vio que se encontraba en una costa desconocida. Al darse cuenta de su situación, exclamó:

–¿Por qué no me ha devorado el mar? Sólo he escapado yo para sufrir nuevas calamidades. Lo que no han podido hacer los enemigos, las llamas ni el mar, lo harán ahora las fieras, hombres salvajes o el cruel hambre.

Entretanto, el cielo había enrojecido, el sol apareció saliendo del mar y la superficie del mar pareció como un manto de púrpura, en que las olas jugueteaban suavemente. A la vista de aquel espectáculo, el sultán se estremeció, alzó los ojos al cielo y dijo:

–¡Sí, verdaderamente hay Dios!

Luego empezó a oír un lejano rumor como de cantos, y hacia allí se dirigió, apoyado en un trozo de madera del naufragio, pues casi no podía tenerse en pie. Desde la colina a la había subido con gran trabajo pudo ver al otro lado chozas entre un bosque de palmeras y tierra cultivada. Cuando llegó, les dijo que se compadecieran de un desgraciado extranjero que acababa de escapar de un naufragio.

–¿Compadecemos? –respondió el cabeza de familia–. Todo lo que tenemos lo repartiremos gustosos contigo. ¿No eres un hombre, hermano nuestro y además necesitado? De todo corazón te damos la bienvenida. Dos robustos jóvenes llevaron unas angarillas, mientras otro le llevó un vestido. Una vez que le sentaron ante una choza le presentaron manjares y deliciosas frutas. Entonces miró sin recelo en torno suyo y preguntó con voz tímida si se encontraba aún en la tierra o había llegado ya a la morada de los bienaventurados.

–Estás en la tierra –le respondieron– y entre hombres, y nos alegramos de poder compartir lo nuestro contigo. ¿No nos ha creado un mismo Dios y Padre y no recibimos todas las cosas de arriba?

–¡Gran Dios –exclamó el sultán–, no piensan así en Egipto!

–Si eres de Egipto –dijo el jefe– tienes doble derecho a nuestro amor. Nuestros padres vivieron en Egipto pero fueron perseguidos y expulsados porque llamaban al Eterno con otro nombre. Pero el sabio y bondadoso gobernador del mundo los trajo a esta isla y de ellos descendemos nosotros.

–Entonces –dijo el sultán– tenéis motivo para odiar a los egipcios, y también a mí como enemigo.

–No –le respondieron–. Tú no vienes a perseguirnos, y además eres un infortunado. Por eso eres para nosotros como una ocasión que Dios nos ha enviado de demostrar nuestro amor.

–Pero, ¡si yo profeso la fe que persiguió a la vuestra!

–Dios juzga el corazón de los hombres –le contestaron–. De cualquier forma que lo llames, al menos crees en Él, y si no lo hicieras serías un desgraciado, pero en nuestro valle, entre nosotros, terminarías por conocerlo.

El sultán exclamó entusiasmado:

–Sí, creo en el Todopoderoso, el Bondadoso.

Y despertó.

En el centro de la sala ardía la lámpara de Cristal. El sultán miró alrededor y preguntó: –¿Dónde estoy?

–Príncipe de los creyentes –respondió Shajabedín–, estás sentado en los cojines de tu palacio, en la ciudad de El Cairo, y a tu lado está tu siervo Shajabedín.

–Entonces –preguntó de nuevo el sultán–, ¿cómo he estado en el barco mientras El Cairo ardía, y en el mar y en medio de las olas?

–Tu cuerpo descansaba en profundo sueño –respondió el mago–. ¿Ha estado despierto tu espíritu?

–Sí –respondió el sultán–. Ahora sé que un espíritu habita en mí, y esto ha despertado y revivido en mí la fe en el Todopoderoso. Mi bueno Shajabedín, ¡cuánto he sufrido! Destronado, fugitivo, abandonado de todos, naufrago en el mar, destrozado por dentro, sin consuelo ni paz...

–¿Desearíais no haber sufrido todo eso? –preguntó el mago.

–¡Oh! –exclamó el sultán–, doy gracias a Dios porque a través de la humillación me ha llevado a la verdad; a través de la noche, a la luz.

El anciano llevó al sultán a la azotea del palacio. La ciudad y la campiña estaban cubiertas por el oscuro velo de la noche; en el cielo infinito brillaban las estrellas. Entonces Shajabedín le dijo:

–Sólo ha sido un sueño. Ahora despierto conserva lo que has aprendido dormido para que tu vida no se convierta en un sueño sin salvación. Has creído en Dios; no debes volver a perder la fe. Pero de ti depende que la fe te sirva de tormento o de gozo.

DALE SENTIDO A TU VIDA

2. Piensa como persona

Hay algunas personas, más bien diría que son muchas, que se comportan como los animales, en el sentido de que viven si pensar. Parece como si su único afán fuera el no aburrirse, llenar las horas, haciendo lo que les gusta y evitando lo que les supone esfuerzo. Me dirás que todas las personas pensamos.

Todos los seres racionales utilizamos la cabeza, al menos al salir de la cama por la mañana y al salir de casa para no darnos un golpe. Pero, a diferencia de los animales irracionales, los seres humanos podemos trascender el aquí y ahora y plantearnos temas importantes para la vida, temas permanentes: quien soy yo, qué hago en el mundo, qué es el bien, qué el amor, etc. Quizá te suceda a ti, como a muchos otros chicos y chicas de tu edad, que, al tener resueltas tus necesidades porque tus padres te lo pagan, y además no tengas responsabilidades ni problemas, te dediques a vivir sin ton ni son (como el hijo pródigo cuando vivió lejos de su casa).

Quien vive así se cree que no necesita de nadie, incluso, de Dios, y, como el sultán del cuento, acaban siendo ellos para sí mismos como una especie de dioscellos que establecen lo que es verdad o mentira, lo que es bueno o malo hacer, sin ningún objetivo trascendente para sus vidas que no sea el hacer lo imprescindible para poder seguir siendo los dueños de sus vidas en el futuro.

«No me hagas pensar», repiten muchos. ¿Por qué? Porque si se pararan a pensar –como deberían hacerlo– se darían cuenta de la vaciedad de su vida y tendrían que replantearse el sentido de todo lo que hacen.

Supongo que te das cuenta de la finalidad de este folleto: ayudarte a reflexionar para comportarse responsablemente en la vida. Es posible que en este momento hayas decidido cerrarlo y ponerte a hacer otra cosa, porque después de leer el cuento, hayas visto por dónde van los tiros y prefieras dejarlo.

Pues déjalo; vive tu vida frívolamente –infantilmente–, quizá cuando seas mayor te des cuenta. Inicialmente pensé que este folleto se titulara «Cuaderno para sabios», pues sólo quien tenga cierto interés en serlo será quien lo lea. Tú mismo demuestras si tienes un poco de sabiduría si quieres seguir leyendo.

3. El necio no cree en Dios

Si caminas por los montes es posible que te encuentres con unos cajones de madera que tienen una plancha metálica encima. Dentro viven cientos de abejas. ¿Sabes por qué, a pesar de estar bajo el sol a más de cuarenta grados no se licúa la miel y la cera del panal, derramándose por la pequeña puerta por donde entran y salen esos insectos? Es muy curioso, pero dentro de la caja, justo en la puerta, hay algunas abejas moviendo sus alas de tal manera que crean una corriente de aire que mantiene la temperatura ideal.

Además de tener aire acondicionado, algunas abejas se marchan en busca de lugares con flores. Pueden recorrer una distancia de hasta veinticinco kilómetros, y mientras descienden de la altura aterrizando hacia al panal describen unos movimientos tales, que las abejas que están junto al panal saben la dirección y distancia y, antes de que la abeja exploradora haya llegado, ya están en marcha.

Lo primero que uno ha de hacer es mirar con los ojos las maravillas que existen en la naturaleza. No sólo las montañas nevadas, la puesta de sol en el mar, sino el orden que existe entre los peces, o el sistema de orientación de las aves migratorias. ¿Quién ha hecho todo esto con tanta perfección? ¿Se ha hecho solo? «¡Qué grandes son tus obras, Señor, qué profundos tus designios! El necio no los entiende, el insensato no los comprende» (Sal 92, 6-7). Si Dios pudiera sorprenderse, se habría quedado sorprendido, pues después de crear una persona humana a la que ha dotado de inteligencia para que le reconozca y le ame, resulta que esa persona no quiere reconocerle. El principio de la necedad es éste: «Dice el necio para sí: “¡Dios no existe!”» (Sal 14,1). Uno pude ser *cortico*, que dicen en Aragón, y no llegar a entender muchas cosas, pero lo no debe ser es necio.

Dios es quien da sentido al mundo y a las personas. Por eso lo más importante que hemos de hacer es conocer y amar a Dios. Este ha de ser nuestro primer interés. Quien vive sin Dios lo notará él y lo notarán los que le rodean porque sufrirá y hará sufrir. El sufrimiento humano es una manifestación de que los hombres se separan de Dios. Como un automóvil se queja cuando algo no funciona bien –los coches se quejan emitiendo ruidos, echando humo y aumentando la temperatura– y entonces el que lo maneja se da cuenta de que algo no va bien y ha de pararse para arreglarlo; el sufrimiento en uno mismo y el hace sufrir es una señal de que algo va mal en nuestra vida. Por eso se echaban a temblar los sabios que aconsejaban al sultán, porque sin Dios la persona humana se vuelve un tirano, para sí mismo y para los demás, que sólo busca su interés; y sufre él y hace sufrir a los demás.

La Biblia nos dice que «el principio de la sabiduría es el temor de Dios; ejercitarse en él es de hombres sensatos» (Sal 111,10). Más que tener miedo a Dios – porque Dios es Bueno–, el temor de Dios consiste en estar dispuesto a escucharle y

obedecerle. Sólo tienen miedo a Dios los que se alejan de Él, por las consecuencias que esto trae consigo.

4. El sentido de la muerte

La vida humana tiene una finalidad, y es necesario que al llegar al uso de razón la conozcamos y vivamos con esa orientación. Todos actuamos buscando el bien, buscando un fin concreto. Pero hay que darse cuenta de que unos bienes son medios (uno estudia para aprobar el curso, por ejemplo) y hay bienes que son fines a más largo plazo (quiero aprobar el curso para luego, después de mis estudios, conseguir un trabajo). Y hay un bien que es el fin absoluto que da sentido a toda la vida. Éste hay que tenerlo claro siempre. Aunque no se suele pensar en él, indudablemente se capta con extremada viveza cuando llega el fin de la vida, es decir, cuando uno se da cuenta de que se muere. Entonces uno se pregunta: ¿Qué sentido tenía mi vida y qué sentido va a tener a partir de ahora, porque el espíritu no muere?

En esa circunstancia, todo cobra con inusitado realismo –porque ya no es momento de teorías para seguir haciendo lo que place– pues la vida se acaba. Algunos que han vivido neciamente lo descubren al final de sus vidas, y se dan cuenta de que tienen las manos vacías, de que han perdido miserablemente la gran oportunidad: la vida era para algo, y ellos no lo han sabido hasta entonces. Algunos, incluso, son tan necios que ni entonces lo quieren descubrir, y no saben ni por qué viven ni por qué mueren.

Una vez que hemos dejado de ser niños, hemos de ponernos a pensar sobre qué es lo que tiene valor permanente en nuestra vida. En primer lugar hemos de pedir a Dios: «Enseñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sabio» (Sl 90,12). Los días van discurriendo como el agua; parece que de un día a otro no hay diferencia, pero el tiempo no se detiene y en cuanto uno se para a pensarlo, se han pasado los meses, los años.

Siendo capellán en un colegio de chicas, un día, un día cualquiera, cuando me disponía a decir la Misa, me encontré con que en el oratorio estaban prácticamente las sesenta alumnas del último curso dispuestas a participar en la celebración eucarística. Una profesora se me acercó y me dijo que si podía ofrecer la Misa por un chico de diecisiete años que se había matado la tarde anterior en un accidente en la montaña. Era uno de la pandilla en la que estaban muchas de esas alumnas, algunas de las cuales estaban en ese momento llorando.

La cercanía de la muerte de alguien con quien hemos convivido, que nos ha escuchado nuestras bromas y nosotros hemos reído sus chistes, que no ha ayudado o simplemente estaba ahí cerca, y ahora ya no está, y no le volveremos a ver nunca más, no sólo nos causa dolor, sino que conmueve la propia seguridad, porque se experimenta de cerca que uno, dentro de un tiempo, se irá de este mundo para siempre.

Con gran fuerza lo expresó el poeta Jorge Manrique cuando murió su padre. Comienza con una llamada, como un grito para interpelar al lector, y le habla de esos temas permanentes (la vida, la muerte, el alma) de los que, tantas veces no nos paramos a pensar. Dice así:

«Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,

cómo se viene la muerte
 tan callando.
 Este mundo es el camino
 para el otro, que es morada
 sin pesar;
 mas cumple tener buen tino
 para andar esta jornada
 sin errar.»

No se trata de que estemos pensando todo el día en que nos vamos a morir, porque hemos nacido para vivir unos años. Pero es una necedad vivir absolutamente de espaldas ante esta realidad, porque indudablemente ese pensamiento nos ayudará a enfocar bien nuestra vida. Podemos hacer muchas cosas en este mundo, pero lo único que importa es ir al Cielo, y para ello, estar con Dios en la vida. Podemos ser deportistas, podemos ser estudiosos, podemos ser amables..., podemos ser muchas cosas en la vida, pero lo que todos hemos de ser es hijos de Dios.

«Ser o no ser, he ahí la cuestión», exclamó Hamlet mirando una calavera. Es muy distinto *ser* que *tener*; hay quien tiene muchas cosas, incluso muchas cualidades y es un perfecto desgraciado, que sabe que no es nada. «Ser» algo en la vida, ser algo que merezca la pena es la meta de nuestra vida. Pero no sólo algo que nos parezca a nosotros interesante o importante, sino ser lo que Dios espera que seamos, para vivir la otra vida, que es morada eterna.

5. Haz lo que debes hacer

Es importantísimo conocer el verdadero y supremo fin de nuestra vida para ir orientando todos nuestros pasos. Nuestro fin es el Cielo, es decir, Dios mismo. Porque el cielo no es una especie de vacaciones pagadas, sino el encuentro con Dios. Y una vez que se tiene esto claro, la receta del sabio ha de ser la de aprovechar el tiempo: «carpe diem» afirmaban algunos filósofos griegos muy antiguos, frase que repiten los necios dándole el sentido de que, como no hay otra cosa que el presente, lo único que les interesa es aprovecharlo, como el niño disfruta del helado mientras se lo come. Pero esto encierra una terrible desilusión, porque en la medida en que se gasta el helado, se acaba.

Hay varios libros en la Biblia que se llaman sapienciales: los Salmos, el Eclesiástico, el Eclesiastés, los Proverbios y el libro de Job. Te aconsejo que les eches una mirada porque dicen muchas cosas interesantes. Por ejemplo, el Eclesiástico – llamado también Sirácide– habla del amigo como de un tesoro, de que no debemos ser chismosos, que hemos de tener dominio sobre nosotros mismos, de cómo deben comportarse los padres, los hijos y las hijas, que no hemos de mirar con desprecio al hombre que se arrepiente, del cuidado con la lengua y la pereza, sobre la mujer parlanchina y la mujer discreta, huir de la tristeza, guardar la Ley de Dios, tener templanza al comer, de los cuidados físicos y de ir al médico, etc., etc.

Pus bien, en el libro que lleva por título *Libro de la Sabiduría*, hablando de los necios afirma que: «Discurriendo equivocadamente dicen: “Corta y triste es nuestra vida, no hay remedio para el hombre cuando llega su fin... Así pues, disfrutemos de los bienes presentes, gocemos de las criaturas con pasión de juventud. Vamos a embriagarnos de vinos exquisitos y perfumes, que ni una flor de primavera se nos escape. Coronémonos de rosas antes de que se marchiten; que ninguno de nosotros falte

a nuestras orgías, dejemos por todas partes señales de nuestro regocijo, porque esta es nuestra suerte y nuestra herencia» (Sab 2, 1-9).

Ésa es la psicología de los necios: embotan su razón para no pensar, para gozar de los sentidos, sobre todo del más burdo que es el tacto; desean que acudan los demás en su extravío porque así les parece que al hacerlo muchos está justificado lo que hacen, y a la vez no habrá sabio que con su vida recta les eche en cara su mal proceder; quieren aprovecharse del momento presente porque ésa es su herencia, todo lo que esperan: no esperan en el cielo, que es la herencia de los hijos de Dios. Esa es la psicología de tantos que se emborrachan en una discoteca, que van como borrachos por la vida...

San Pablo, por el contrario, nos dice: «Caminad según el Espíritu y no os dejéis arrastrar por los apetitos desordenados. Porque esos apetitos... os impedirán hacer lo que sería vuestro deseo (en el fondo lo que deseamos es ser buenos y tener una vida excelente). Pero si os dejáis guiar por el Espíritu, no estáis bajo el dominio de la ley (es decir, no haréis el bien porque, de no hacerlo es pecado, y uno teme el infierno). En cuanto a las consecuencias de esos desordenados apetitos, son bien conocidas: fornicación, impureza, desenfreno, idolatría, hechicería, enemistades, discordias, rivalidad, ira, egoísmo, disensiones, cismas, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes. Los que tales cosas hacen –os lo repito ahora, como os lo dije antes– no heredarán el reino de Dios» (Ga 5, 16-21).

Hemos de aprovechar la vida, aprovechando cada uno de los días en actividades buenas y en amar aquello que permanece para la eternidad. Hemos de hacer lo que humanamente hemos de realizar: el estudio, los encargos, el deporte, el descanso, atender a los demás, obedecer, dar culto a Dios, etc. Lo que es absurdo es tener que estudiar en verano porque durante el curso se ha hecho el vago; es como tener que comerse el plato de lentejas frío para cenar porque a medio día no nos apetecía comerlo. El necio va dándose golpes, el sabio, en cambio, lleva un orden en su vida, en sus acciones, y disfruta humanamente más.

Un consejo breve y práctico:

Cuando a estudiar, estudiar;
cuando a rezar, a rezar;
y cuando a divertirse, a divertirse.

EL ARTE DE VIVIR

6. Para elegir bien

Si algún día tienes que hacer un trabajo escrito de varios folios, e incluso si te lanzas a escribir un libro, habrás de tener en cuenta una serie de normas: los márgenes, el tipo de letra, las citas a pie de página, el número de líneas por página, el espacio entre líneas, etc. No basta con ponerse a escribir, sino que hay que hacerlo bien. Pues en nuestra vida sucede algo semejante, no basta con ponerse a vivir de cualquier manera, sino que hay que seguir unas normas. Es lo que se llama la moral, que su primer principio es «Hay que hacer el bien y evitar el mal», y este principio se concreta en las diez normas o Mandamientos.

Aunque el cumplimiento de estas normas tienen una relación trascendente para con Dios –el que cumple los Mandamientos agrada a Dios y el que no los cumple comete un pecado– interesa que entiendas que esas normas son las necesarias para vivir

correctamente como personas libres, para no vivir a ver qué sale, sino para vivir con arte. Por eso se ha dicho que la moral es el arte de vivir. Los filósofos griegos de la antigüedad ya se dieron cuenta de que a la hora de hacer algo, se puede hacer de varias maneras; la libertad ha de escoger, y que se trata de escoger lo que hace que la vida sea excelente, es decir, la mejor vida posible.

Para obrar rectamente, y por tanto para ser feliz, hacen falta tres cosas: tener claros los principios generales buenos –los mandamientos–, segundo, contrastar con ellos lo que se ha de elegir, y tercero elegir conforme a esos principios. Fácil, ¿no? Pero hay un problema, y es que en teoría sabemos lo que nos viene bien, pero en la práctica, en el caso concreto, a veces actuamos en contra de nuestros principios, o como dirían aquellos filósofos griegos, realizamos conscientemente algo que va contra lo que es una vida excelente, contra lo que proporciona la felicidad. Por ejemplo, una persona diabética sabe con claridad que el azúcar le hace muchísimo daño y puede, incluso, puede poner en peligro su vida. Pero ante un pastel que tiene gran cantidad de azúcar, va y se lo come. ¿Por qué lo ha hecho, yendo contra sus convicciones más profundas, contra la vida excelente? ¿Es decir, cómo sabiendo que el pastel me va a perjudicar en la felicidad, me lo como creyendo que seré feliz?

La respuesta que dio Sócrates era que el que obra de esa manera, no sabe realmente lo mal que le viene el azúcar, es decir, sería un problema de formación o de información. Aristóteles, por el contrario, explica que es un problema de la voluntad, de que ante el bien particular uno se deja vencer por la pasión (que violenta la voluntad), por su propia falta de virtud: si el hombre tuviera la buena disposición estable (la virtud de la templanza, por ejemplo), no se dejaría llevar por la pasión. Pero hay una tercera postura, y es que junto al principio general que puede tener el diabético de saber que el azúcar le hace mucho daño, puede tener a la vez otro principio general que consiste en no estar dispuesto a privarse del azúcar. En este caso no hay una incoherencia en el que actúa mal, porque en el fondo quiere ser feliz así, a corto plazo; eso es lo que desea, y por eso lo hace (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*).

Esto se aplica a multitud de casos, y puedes analizarlo en tus actuaciones: ¿Por qué algunos no van a misa los domingos, sabiendo que deberían de ir? ¿Por qué algunos no estudian cuando saben que no hacerlo les perjudicará? ¿Por qué algunos beben en exceso o realizan acciones torpes, sabiendo que luego lo pasarán mal? En parte porque no saben lo que hacen (no lo quieren saber, porque «ojos que no ven, corazón que no siente»); si supieran lo que es dar culto a Dios irían incluso a misa otros días que no fuera de precepto, si supieran lo que supone –para ellos, para sus padres, para la sociedad– suspender el curso, lógicamente estudiarían. Si supieran realmente lo que supone el pecado mortal (la muerte del alma para con Dios, en esta vida y para siempre) indudablemente no lo cometerían jamás.

7. Enreca tu voluntad

Pero junto a esto, nos encontramos con un problema de virtud humana, de fortaleza. Cuentan de un centurión romano llamado Curio Dentato, tan hábil y valiente, que bajo su mando siempre salieron vencedores los romanos. Los samnitas, que entonces peleaban contra ellos, le enviaron embajadores que le ofrecieron una gran cantidad de oro a cambio de que se retirara del ejército. Introducidos en la tienda del general, lo hallaron preparándose por sí mismos unos nabos para la cena. Cuando hubo oído la propuesta de los samnitas soltó una carcajada, diciendo que quien se contentaba con una cena de nabos no estaba dispuesto a dejarse corromper por el oro.

Quien tiene una voluntad floja, incapaz de superar el capricho, incapaz del mínimo sacrificio, es lógico que ante cualquier cosa que le apetece, incluso aunque ponga en peligro su salud del cuerpo o le perjudique enormemente la salvación de su alma, se deje llevar por el capricho, y haga lo que en el fondo sabe que le va a hacer infeliz. Hay una gran tarea por parte de uno mismo de fortalecer la voluntad para no renunciar a ser uno mismo y dejarse arrastrar por las pasiones; un ejercicio de negación a uno mismo.

Pero está la tercera explicación, la del que sabiendo que algo le perjudica se lo toma, puede ser porque en el fondo su razonamiento comience no con el principio «yo querría ser bueno, llevar una vida cristiana, ser alguien de provecho el día de mañana, amar a Dios y llegar al cielo», sino haber pactado con otro planteamiento vital que comienza su razonamiento así: «yo voy a vivir la vida ahora, según lo que me place, y si cometo pecados, ya veré cómo lo arreglo en el futuro para no ir al infierno. Lo que he de evitar es morir en pecado.»

Hemos de hacer razonamientos que realmente nos lleven a no hacer lo que no debemos. Ya se lo decía su madre a su hija cuando se disponía a tomar el segundo pastel de nata: «Piénsalo: un instante en el paladar, y una eternidad en la pancheta.» Fue un argumento decisivo para que no se lo comiera, al imaginarse la chica, ella misma, con una burbuja de grasa en la barriga.

Posiblemente cuando te des cuenta de que has actuado de esta manera, dejándote llevar por la tontería humana, no se trate de ninguna de las tres respuestas en estado puro, sino una mezcla de ellas. Pero mira a ver, porque lo que se observa en gran parte de los jóvenes dominados por el alcoholismo, la droga, la impureza o la pereza realmente se dan esos tres aspectos en estado puro: ni saben qué es la droga y todo eso ni su alcance demolidor; ni tienen voluntad, pues ante cualquier estímulo ya han caído y se comportan como los animales; y en el fondo la salud física, el amor a sus padres y amigos y la salvación de su alma les importa muy poco, porque sólo les importa «eso».

Ése es el problema de muchos, la realidad lamentable, porque sólo tenemos una vida, un tiempo, y el tiempo lo vamos gastando cada día. Si hacemos el bien que debemos –tanto en el orden humano como en el sobrenatural– nuestra vida *permanece*, va quedando un poso de eternidad, porque Dios ve lo que hacemos y lo valora, y lo guarda para la vida eterna. Lo penoso es estar viviendo una vida vacía, sin sentido ahora, y vacía en la eternidad.

No hagas aquello
de lo que te puedas arrepentir.

8. Obedecer es de sabios

Te decía que tienes que saber lo que has de hacer y poner empeño en realizarlo para no ser un pelele de tus caprichos o de los caprichos de otros que te induzcan a hacer lo que, en el fondo, no desearías hacer, y después te lleve a encontrarte mal psicológicamente o te traiga remordimientos. Tendrías que reflexionar sobre cómo vives el orden en los diversos aspectos de tu vida: en tu familia, tu trabajo, tus amistades, tu tiempo libre. Aquí no podemos hablar de todo, pero vamos a considerar algunas cosas.

En primer lugar, tu relación con tu familia. La familia es algo fundamental para cualquier persona, y debe ser un punto de referencia para toda la vida. No sólo es que uno haya nacido en ella y normalmente ha recibido muchos valores y cuidados de los padres, es que ahí se quiere a las personas por lo que *son* (es mi hijo, es mi madre, es mi

abuela), no por lo que *tienen* (su buen o mal carácter, su dinero o su cara bonita); y porque se les quiere bien se les dice lo mejor, no se les engaña. Por eso, lo que los jóvenes tienen que hacer es obedecer a los padres.

Cuando en otoño las aves migratorias se van en grandes bandadas, el guarda de un faro que se encuentra en un acantilado encuentra por las mañanas al pie de la torre montones de pobres animales. ¿Cómo llegaron? Pasaban en la noche... cuando brilló ante ellos la luz del faro. Pero la luz los engañó. La luz de la torre estaba guardada por un fuerte vidrio, y los pájaros se estrellaron contra él. ¡Pobres pájaros! Algo semejante les sucede a los que van a su manera sin querer escuchar los consejos de Dios y de las personas que les aman: hacen cosas que les apetece, que parece que les dará la felicidad y luego produce frustración humana y causa la muerte del alma.

A primera vista parece que obedecer a otro implica falta de personalidad, de autenticidad, pero no es así. La personalidad puede ser buena o mala. No es un valor en sí mismo el que sea yo quien hace las cosas, sino que yo las hago bien. Hemos de actuar con libertad, pero de lo que se trata es de actuar correctamente. La libertad no es *la libertad de*, sino *la libertad para*: no es no tener compromisos o normas, sino en escoger lo bueno: uno realmente vale según los compromisos que ha asumido en su vida. La libertad es como la herramienta, como el medio que tenemos, pero no es el fin. Sería absurdo que uno al realizar un trabajo escrito se estuviera fijando en el bolígrafo, y no en cómo queda el trabajo y en lo que dice en él.

Por eso, escoger lo mejor aunque a nosotros no se nos haya ocurrido, sino que nos lo hayan dicho, es acertar.

Obedecer a quien sabe qué es lo mejor es de sabios porque nosotros podemos estar equivocados y no saber cómo hay que hacer las cosas. ¿Por qué he de obedecer a Dios? Porque Él sabe cuál es el verdadero bien nuestro. ¿Por qué he de obedecer a mis padres? Porque ellos han vivido ya su juventud y seguramente han aprendido lo que es bueno y qué hace daño. Hay personas que, al comprar una máquina miran primero las instrucciones y luego la utilizan según se dice ahí. Y hay otras que primero utilizan la máquina según les parece que debe funcionar, y luego, cuando se ha estropeado, miran las instrucciones a ver cómo funcionaba y ver si se puede arreglar. Es de necios aprender a base de golpes, porque, además de que se podría haber actuado bien y evitado el tortazo, es que lo que se estropea es la felicidad misma: cuando la persona actúa mal, se hace malo, se estropea, coge vicios malos, y luego le cuesta mucho más hacer el bien.

No olvides que también tus padres obedecen a otros, que todos obedecemos, porque no somos diosillos que lo sabemos todo por intuición y que actuamos bien por el hecho de hacerlo nosotros mismos. Aunque te cueste, obedece; aunque ahora no lo entiendas, ya entenderás después que era lo mejor. Y si te has equivocado, es de sabios arrepentirse y no quedarse atascado en el error, por soberbia. Nunca desdices de un hijo o de una hija pedir perdón a sus padres.

9. No te crees necesidades

En la película *Braveheart* hay un detalle interesante, y es que el protagonista, que es un hombre pacífico y que no busca pelea con nadie, se levanta contra el invasor cuando destruyen su familia y organiza la resistencia de su pueblo. La libertad será su emblema.

Hoy se aprecia una cierta tendencia en muchos jóvenes a vivir autónomamente, al margen de los padres; incluso aunque no lo pretendan abiertamente, muchas

compañías que producen objetos tienen interés en que los jóvenes estén desarraigados de sus familias, porque en la familia hay unos criterios y unas necesidades ya resueltas, y en la medida en que uno vive independiente, a su manera –creyéndose más libre–, en realidad se le puede esclavizar mejor. Cuántas chicas y chicos compran bebidas a un precio elevado, cuando en sus casas tienen las mismas bebidas. ¿Por qué compras eso, les dicen sus padres, si no lo necesitas, o si ya lo tienes en casa?

Cuentan que un joven chino decidió dejar el trabajo y dedicarse a la contemplación. Se fue a una montaña, lejos de todas las necesidades. Se alimentaba frugalmente de hierbas y moraba en una cueva. No necesitaba de más. Al poco tiempo descubrió que en la cueva merodeaban unos ratones. Como no le dejaban en paz para poder meditar, buscó la solución: compró un gato y se acabó el problema. Pero el gato no se iba de la cueva. Le dio lástima matarlo. Procuraba olvidarse de él y dedicarse a la contemplación, pero no podía porque el gato le miraba con cara de hambre. Decidió conseguir una vaca para, con la leche, alimentar el gato. Al poco tiempo se dio cuenta de que la vaca pasaba hambre. Decidió cultivar un pequeño campo para que la vaca comiera. Y se fue a meditar. Pero había que sacar la vaca y cuidar el campo y dar de comer al gato. Pensó que alguien le administrara aquello y así él podría dedicarse a la contemplación; así que buscó a una chica que se encargara de todo y él se olvidaba de esas cosas.

El resultado fue que se casó con la chica y construyó una granja. Tuvieron varios hijos. Cuando el mayor cumplió dieciséis años se le acercó y le dijo: –«Padre, he decidido marcharme lejos y dedicarme a la contemplación.» Su padre simplemente le contestó: –«Hijo, tienes mi permiso, pero prométeme una cosa: ¡No te compres nunca un gato!»

Cuando nuestros padres nos dan consejos que no nos gustan, puede ser en algún caso que no nos entiendan, pero muchas veces es porque nos entienden perfectamente, y saben que dejarnos hacer lo que nos apetece en un momento dado es perjudicarnos. Aquí entra el tema de las diversiones. Es muy fácil decir que mis padres son anticuados si no me dejan ir a tal tipo de fiesta, incluso pensando que yo sería una persona rara porque a todos mis amigos y amigas sus padres les dejan.

De lo que se trata, sobre todo cuando uno es joven, y también cuando se es mayor, es hacer lo que uno sabe que debe de hacer porque le conviene para vivir una vida excelente, que diría el sabio Aristóteles, y no hacer las cosas porque me apetece o porque lo hacen otros. Lo que tiene que mandar es la razón, no el sentimiento o el capricho. No olvides que hoy día hay gran empeño en crear necesidades, en sugerir llevar una vida buena en el sentido de «pásalo bien, vive el momento, pero como te lo queremos montar los que creamos moda y dirigimos los gustos.»

Lógicamente necesitamos usar de las cosas y necesitamos divertirnos, pero sería penoso que uno siguiera el dictado que le imponen otros porque fuera un *gregario* (dícese gregario del que va como las ovejas, que caminan detrás de las otras sin saber hacia dónde van). Piensa antes de asistir a un espectáculo o comprar algo: ¿Lo haría yo si estuvieran mis padres delante? Es necesario que no seamos necios –no sólo porque así no cometeremos pecados– sino porque no haremos el ridículo ni nos avergonzaremos de nosotros mismos después, ni se aprovecharán de nosotros otras personas... Y sobre todo, ten presente que estás en la presencia de Dios.

En este sentido, cuentan que un hombre fue un día a robar maíz en el campo de un vecino y le dijo a un muchacho que le acompañase para vigilar. El señor echó una mirada alrededor para observar si alguien le miraba. Luego subió a la tapia con un saco. Cuando se disponía a saltar al otro lado, el chico le dijo:

– Oiga, se ha olvidado de mirar en una dirección.

Mirando a todas partes, el señor le preguntó azarado:

– ¿En cuál?

Y el chaval contestó:

– Se ha olvidado de mirar hacia arriba. Mi padre dice que Dios nos ve desde arriba.» Fuera la razón que fuera, el señor bajó de la tapia sin robar.

Realmente este es el gran argumento para que no hagamos el mal. Ante la posibilidad de aprovechar una ocasión de *hacer la burra* (o *el burro*, si uno es chico), posiblemente sea ésta la única razón que nos ayude a no hacerlo: Dios me está viendo y le daré cuentas de lo que haga. Dios, que me ve, desea lo mejor para mí, y por eso me doy cuenta de si actué bien o mal. A Dios no le engañó, y me habla para que yo actúe bien.

San Agustín, al considerar la cercanía inefable de Dios en su alma y los años que perdió haciendo el imbécil con teorías falsas y entre malas amistades que le arruinaban la vida, exclamaba: «Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!; he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba... Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me tenían lejos de Ti las cosas que, si no estuviesen en Ti, no serían. Tú me llamaste claramente y rompiste mi sordera; brillaste, resplandeciste y curaste mi ceguedad» (*Confesiones*, 10).

Es bueno pararse a pensar si tengo atado el corazón por alguna cosa o algún plan que hoy me parece tan importante, y que dentro de un tiempo veré que no valía la pena.

Te repito que lo único que vale la pena, el fin por el que todo lo hemos de ordenar es Dios. Lógicamente hemos de tener ilusiones humanas, hemos de divertirnos y hacer tantas cosas, pero lo que sería lamentable es que eso lo hiciéramos al margen de Dios, apartándonos de lo único necesario, e incluso enfadándonos con las personas que nos quieren.

EL PROYECTO DE DIOS

10. No basta ser buena persona

Unos amigos fueron a ver una función del Circo que habían instalado en la ciudad. Los números se iban sucediendo. Unos difíciles, otros divertidos: el elefante que bailaba ballet, el hombre-araña, los trapecistas.. Cuando aparecieron los payasos se desataron las carcajadas del público por la actuación de un personaje mal conformado: tenía el cuerpo de persona mayor, pero las piernecillas eran diminutas, por lo que daba volteretas y rodaba por el suelo con mucha gracia. Se rieron de lo lindo. Acabó la función y la gente se fue a sus casa. Aquellos amigos volvieron al día siguiente por la mañana para ver las fieras detrás de una valla. Les causó un poco de decepción. Pero lo que más les llamó la atención fue que unos chicos se reían y despreciaban al enano de las piernas cortas Recordaban las carcajadas de ayer y ¡qué pena les daba ahora, al darse cuenta de que era una enfermedad!

Con el paso de los años vamos creciendo de una manera armónica. No sólo físicamente, sino también vamos aprendiendo muchas cosas: de deporte, de música, de matemáticas, de nuestro carácter, etc. Es lógico y tiene que ser así. Pero sucede a veces que uno se encuentra personas que tienen paralizada, descuidada, una faceta de su vida, que no ha crecido según el orden que debiera Y es un faceta, por cierto, que no es de las menos importantes. Me refiero a la vida de relación con Dios. Llama la atención com-

probar que jóvenes de quince ó diecisiete años tengan la misma vida espiritual que cuando tenían siete años: «Yo voy a Misa el domingo y rezo las oraciones de la noche». ¡Qué pena! No se conocen y no lo valoran. ¡Claro, como esa vida sobrenatural no se ve, no la dan importancia! Y la tiene y mucha.

¡Date cuenta que las personas tenemos por naturaleza tres dimensiones o relaciones: una con Dios, otra con los demás y otra con nosotros mismos. Por eso uno tiene unas obligaciones para consigo mismo: no debe lesionarse sin necesidad, ha de mejorar en su educación, etc. Por eso, además, el hombre es sociable por naturaleza: tiene unos derechos y obligaciones con los demás, aparte del lenguaje, prueba de que esto es así. Y por eso el hombre, todos los hombres, somos religiosos por naturaleza: tenemos una relación real con Dios.

Para ser una persona cabal como Dios manda, hace falta tener en cuenta esto. ¡Qué pena dan esas personas que dicen ser ateas! Es antinatural ese autoconvencerse de que no tienen esa real relación con Dios. Y qué pena dan también los que viven como si Dios contase poco o nada en sus vidas. Si tú quieres ser sabio de verdad –buen cristiano–, has de meter a Dios en tu vida. ¿Cómo?

Primero obedeciéndole: cumpliendo esos tres mandamientos que se refieren a Dios (Tabla de la izquierda de la Ley, ¿te acuerdas?) y los siete que se refieren a uno mismo y los demás (Tabla de la derecha). Si uno no lucha por vivir los Mandamientos, aparte de que no se comporte y realice como persona, uno se separa de Dios al no obedecerle. Y junto a esto, en segundo lugar, seguir la doctrina de Jesucristo: toda. Muchos dicen: «yo no robo a nadie, no mato, no blasfemo..., y yo voy bien.» Dan ganas de decirles que no se han enterado de qué va la fiesta. Que no estamos en esta vida para *no hacer* el mal, sino para hacer el bien, y mucho. Les pasa como a aquel chico que por no atender en clase y despistar a los demás le echó de clase el profesor y decía: «¡Pero si no hago nada», y el profesor le respondió: «Por eso, porque no haces nada cuando lo que tienes que hacer es atender.» ¡Date cuenta de que estarnos durante unos años en esta vida para algo; para mucho, no para no hacer nada malo.

Algunos te pueden decir que de acuerdo, que ellos si que van bien porque van haciendo cosas: procuran ser buenos amigos, procuran no dar la lata en casa, quieren hacer algo por la humanidad, estudian algo y hasta rezan un poco. Incluso se consideran cristianos. Pero si te fijas, eso no es ser cristiano; es ser buena persona como pueden serlo los budistas o los musulmanes. Ser cristiano no consiste sólo en ser buena persona. Es mucho más. El cristianismo no es una religión más –y por eso no da igual ser cristiano que no serlo–, ni una especie de humanismo bueno, una doctrina con valores morales altos. No. El cristianismo es mucho más. Es seguir a Jesucristo y vivir lo que nos dice.

Si lees el Evangelio te darás cuenta que ahí se nos dicen cosas impresionantes: Que el Verbo es Dios, que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, que esa Persona divina que es Jesucristo nos ha redimido de los pecados muriendo en una Cruz, y que nos ha dado con su vida y su doctrina unos medios concretos para, ¡nada menos! vivir la Vida de Dios: «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,25), «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10,10).

Ya te das cuenta que en lo que te acabo de decir se contiene mucho más que el ser buenos en general. Y que por ser el camino por donde Dios nos da su Vida, todos los hombres tenemos una obligación seria de buscarlo y ser cristianos de verdad. «Todos los hombres –nos dice el Concilio Vaticano II– tienen obligación de buscar la verdad, sobre todo en lo referente a Dios y a su Iglesia. y una vez conocida esa verdad tienen que abrazarla y llevarla a la práctica» (Decl. *Dignitatis humanae*, n. 1). Si ya eres

cristiano, tienes que poner los medios para que esa Vida de Dios se desarrolle armónicamente en ti, y no se quede como se le quedaron las piernecillas al enano.

11. Ser santo es posible

Todos tenemos dos vidas, una natural y otra sobrenatural. No son dos vidas aparte, sino una misma como con dos caras. Pero así como la vida natural la sentimos, la palpamos. crece, enferma, está en forma, etc.; en cambio la sobrenatural no la vemos, pero no por eso es menos real. Tampoco ves la electricidad en el cable conectado a la red y sabes que da calambre si se agarra. La vida sobrenatural, como es vida, nace, crece y puede morir; según uno esté más cerca, más lejos o sin relación con Dios que nos da de su Vida. A esto se llama *estar en gracia* o en pecado.

Pues bien, podemos vivir habitualmente en gracia de Dios. Es más, podemos ser santos, No, no te sonrías pensando que eso no es para ti. «Dios nuestro Señor predicó la santidad de vida a todos y cada uno de sus discípulos, de cualquier condición que fuesen, santidad de la que Él es Maestro y modelo: “Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto” (Mt 5,48)» (Conc. Vat. II, *Lumen gentium*, n. 40). Lo que pasa es que a veces podemos tener una idea equivocada de lo que es la santidad.

En cierta ocasión fue un señor con su hijo pequeño a confesarse a una iglesia. Había mucha gente y tuvieron que guardar cola. Al cabo de un rato largo el chiquillo se puso nervioso y, aunque quedaba poca gente delante de ellos, le dijo a su padre: «Papá, vámonos porque este señor gordo que está delante tendrá muchos pecados y tardará mucho». Su padre le contestó: «No, hijo; no por ser grueso tiene que tener muchos pecados. El alma sólo la conoce Dios, y puede ser que a este señor, cuando muera, lo suba Dios a los altares.» Y el niño, con una rápida mirada al altar, que estaba lleno de velas y jarrones de flores, exclamó: «¡Pues como lo suba a los altares lo va a tirar todo!»

Podemos tener una idea equivocada de lo que han sido los santos que veneramos hoy en los altares. Se nos ocurre pensar que vivían sobre una nubecilla, que tenían los ojos mirando al cielo, que no se le ocurrían las cosas que se nos ocurren a nosotros..., vamos, que casi eran ángeles. Y no es así. Eran personas de carne y hueso como nosotros, pero eso sí, con unos grandes deseos de amar a Dios y a los demás, y ponían los medios para ello. Ser santo es ser buen cristiano. Si tú quieres serlo has de utilizar los medios que nos dejó Jesucristo y que utilizaron las personas que ahora están en el Cielo con Dios.

Es muy sencillo, pero hay que poner esfuerzo. Hace falta que, en medio de tus ocupaciones –estudio, encargos en casa, descanso–, trates con Dios a través de unas prácticas de piedad: la oración, la Santa Misa, el Santo Rosario, el examen de conciencia por las noches... ¡Claro!, ¿si no dedicas tiempo a Dios cómo vas a conocerle y vivir su Vida? ¿Has probado hacer todos los días quince minutos de oración? No es mucho tiempo. Lo que ocurre es que uno no valora lo que vale la oración. Cuando uno da importancia al inglés o a la informática, dedica todos los días 15 minutos y aprende de verdad. Pues lo que hace falta es que valores lo que vale el trato con Dios. ¡Él quiere decirte tantas cosas..., y tantas tienes que decirle tú!

Pero es que no tengo tiempo, me dirás. Te contestaré con una de esas historias que cuentan en Rusia. Caminaba un hombre por la estepa. Iba cansado y, al ver a lo lejos la ciudad a la que se dirigía, le preguntó a un hombre que estaba cavando en un campo.

–Oiga, buen hombre, ¿cuánto tardaré en llegar a la ciudad?

–No lo sé, respondió el lugareño.

–No lo sabe ¿eh? ¿Es usted de aquí?

–Sí.

–¿Y no sabe cuánto tardaré en llegar?

–No.

El viajero se puso andar de nuevo, y enseguida oyó a sus espaldas:

–Tres horas.

–¿Y por qué no me lo dijo antes?

–Es que no le había visto caminar.

Efectivamente, depende del paso que uno lleve para llegar antes o después, para hacer más cosas o menos durante el día. Cuando se tiene interés en hacer oración, se hace porque se saca tiempo. «Si eres tenaz para asistir a diario a unas clases, sólo porque allí adquieres unos conocimientos... muy limitados, ¿cómo no tienes constancia para frecuentar al Maestro, siempre deseoso de enseñarte la ciencia de la vida interior, de sabor y contenido eternos?» (San Josemaría, *Surco*, n. 663). Hay mucha gente como tú, de tu edad, que hace un rato de oración todos los días, y reza el Rosario, y va a Misa. No, no sucede sólo en Polonia, también en la ciudad en que vives. Sólo hace falta que quieras. Uno puede vivir la Vida de Cristo. uno puede ser santo si quiere, pero hace falta querer, poner los medios. ¡Ánimo!

12. ¡Sígueme!

En marzo de 1985 el Santo Padre Juan Pablo II escribió una *Carta a los jóvenes en el Año Internacional de la Juventud*. El hilo conductor es aquel encuentro que tuvo Jesús con el joven rico. «A la pregunta: “Maestro bueno, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?”, Jesús recuerda a su interlocutor algunos de los mandamientos del Decálogo. Pero la conversación no termina ahí. Entonces –escribe el Evangelista– “Jesús, poniendo en él los ojos, le amó y le dijo: Una sola cosa te falta: vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme”» (*Carta*, n.2).

Para aquel muchacho el encuentro con Jesús pudo ser fortuito, o bien buscaba de alguna manera al Señor; pero lo que él no sabía con profundidad era que aquel encuentro no era casual. Que Jesús le conocía desde hacía mucho tiempo, que le amaba desde toda la eternidad y sabía de ese encuentro, el día y la hora. Iba a ser para ese joven la ocasión única e irrepetible de su encuentro con el Señor.

Dios nos conoce uno a uno y desde la eternidad, como dice el salmista: «Te doy gracias porque me has escogido portentosamente, porque son admirables tus obras: conocías hasta el fondo de mi alma, no desconocías mi ser. Cuando en lo oculto me iba formando y entretejiendo en lo profundo de la tierra, tus ojos veían mis acciones, se escribían todas en tu libro; mis días estaban calculados antes de que naciese la primera cosa» (Sal 138, 13-17).

Dios nos conoce a cada uno y «los llama a todos por su propio nombre» (Sal 146,4). Él te conoce desde la eternidad y tiene un proyecto sobre ti. Eres una persona eternamente pensada y amada por Dios: «Con amor eterno te amé» (Jr 21, 3), y en un momento de tu historia te topará con Jesús que te mira de frente haciéndote ver ese proyecto. «Deseo a cada uno y cada una de vosotros –nos dice el Papa– que descubráis esta *mirada* de Cristo y que la experimentéis hasta el fondo, No sé en qué momento de la vida. Pienso que el momento llegará cuando mas falta haga» (*Carta*, n. 7).

¿Y cuál es el contenido de ese proyecto divino? Veamos qué le pidió Jesús a aquel joven: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme» (Mt 19,21). ¿Qué le estaba pidiendo el Señor a aquel joven y a los jóvenes que vendrían a lo largo de los tiempos? ¿Que dejaran simplemente el dinero? No. Que se hicieran pobres de espíritu. Que dieran cabida a Dios en su alma de una manera total. Que soltaran aquello en lo que tuvieran puesto su corazón para llenarlo con un verdadero tesoro Jesús. Que se perdieran a sí mismos para ganarle a Él. Que se abandonaran en Él, fiados de su palabra. Jesús no quería su dinero, su tiempo, sus cosas le quería a él. Que se diera. «¡Sí, mis queridos jóvenes! –continúa el Papa–, el hombre, el cristiano es *capaz de vivir conforme a la dimensión del don*» (Carta, n. 8)-

Dios puede llamar de tres maneras, como nos señala el Santo Padre en su *Carta*. Y yo te invitaría a que hicieras una especie de *test* vayas tachando con un aspa los posibles caminos que no son el tuyo y te plantees cuál puede ser la llamada rotunda de Dios para ti.

Por un lado, pone a nuestra consideración la llamada al servicio en el *sacerdocio ministerial*. Esto si eres varón. La llamada al sacerdocio en la Iglesia de Jesucristo es sólo para los varones; no por ningún desprecio a las mujeres, sino por voluntad divina. Fíjate que la Madre de Jesús, aun siendo la criatura más perfecta, la de más dignidad, su Hijo no le llamó a este servicio, y eso que es la Madre de los sacerdotes. (Por tanto, si eres mujer: ¡táchese!). ¿Sacerdote? ¿Y por qué no? Dios y la Iglesia los necesitan como dispensadores de los bienes divinos. Dios nos da a participar de su Vida en los siete Sacramentos, pero hay dos que no se pueden realizar sin el sacerdote: el sacramento de la reconciliación y la confección de la Sagrada Eucaristía. Para que la comunidad de cristianos gocen de éstos, hace falta que en la comunidad de creyentes haya hombres jóvenes que sean generosos, que den toda su vida –y en el rito latino acepten el celibato– para otorgarnos estos bienes tan inmensos. Piensa si Dios no te llama a ti por este camino. (Si no: ¡táchese!)

El Santo Padre señala en segundo lugar la *vocación religiosa* en la que mediante la profesión de los consejos evangélicos (castidad, pobreza y obediencia) un hombre o una mujer se comprometen a dar un testimonio concreto del amor de Dios» (Carta, n. 8). De alguna manera se apartan del mundo para dar un testimonio escatológico –de valorar más las cosas del cielo que las de la tierra–, que a los demás, admirándolo, les sirva de acicate para buscar las cosas de Dios. Piensa que si Dios te llama en este sentido. (Si no: ¡táchese!)

Y existe un tercer modo de llamar Dios a los hombres: la *vocación cristiana*, para hombres y mujeres que viven en medio del mundo. Es la «vocación universal a la santidad» con una entrega total y con una gran misión, pues «es aquí donde comienza también el apostolado de los seglares, inseparable de la esencia misma de la vocación cristiana» (Carta, n. 9). Dentro de la Iglesia existen diversos caminos en donde esta vocación de los laicos (personas corrientes de la calle) se hace realidad. Alguno de estos caminos, el *Opus Dei*, tiene una espiritualidad específica que lleva a santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar a los demás a través del trabajo ordinario.

Considera en tu oración qué espera Dios de ti y dile despacio estos versos de Santa Teresa:

Vuestra soy, para Vos nací,
 ¿Qué mandáis hacer de mí?
 Vuestra soy, pues me criasteis;
 Vuestra, pues me redimisteis;

Vuestra, pues que me sufristeis;
 Vuestra, pues que me llamasteis;
 Vuestra, pues me conservasteis;
 Vuestra, pues no me perdí.
 Vuestra soy, para Vos nací,
 ¿Qué mandáis hacer de mí?

13. Respuesta: ¡hágase!

Puede ser que haya sucedido en tu vida ese encuentro, quizá no buscado, con el Señor, como aquel joven rico, y ante la invitación a seguirle de cerca, con una entrega total, se rebeló dentro de ti una voz que te susurra que te apartes de esa invitación, y te vengan ganas de hacer lo que aquel loco que participaba en unas obras de construcción y llevaba la carretilla boca abajo, con la rueda hacia arriba. Le dijo el maestro de obras: «Oye, que la carretilla si la llevas del derecho la llevarás mejor», y respondió el loco: «Sí, pero si le doy la vuelta me la cargan de ladrillos.»

Ya no es que uno no vea con claridad, porque se da cuenta de que hay algo que el Señor quiere, sino que se desata una lucha interior para no querer vivir la vida como *don*. Para tu tranquilidad te diré que eso que te puede suceder le ha sucedido a todos los que han tenido una llamada divina, porque cuesta desprenderse, porque hay planteamientos lícitos –no digo ya pecaminosos–, ambientes, personas –incluso el casarse–, a los que hay que renunciar

San Agustín nos cuenta de aquellas luchas que tuvo antes de decidirse: «Me retenían unas necedades de necedades y vanidades de vanidades, antiguas amigas mías y me tiraban del vestido, de la carne, y me decían por lo bajo: “¿Nos dejas?”, y “¿desde este momento no estaremos contigo por siempre jamás?” Y “¿Desde este momento nunca más te será lícito esto y aquello?” ¡Y qué cosas, Dios mío, qué cosas me sugerían con las palabras esto y aquello! Por tu misericordia aléjelas del alma de tu siervo... Pero las oía ya de lejos, no como contrariándome a cara descubierta sino como musitando a mis espaldas, y como pellizcándome a ocultas al alejarme de ellas, para que volviese la vista atrás» (*Confesiones*, VIII).

Sabía lo que debía hacer, porque era el amor de Dios quien le llamaba, pero –continúa san Agustín– «aún me sentía cautivo por mis maldades antiguas y lanzaba voces de dolor: ¿Hasta cuándo, ¡mañana!, ¡mañana!/? ¿Por qué no hoy?»

Uno se da cuenta de que es un gran don de Dios la vocación, pero humanamente se ve un aspecto negativo, de limitación voluntaria, de entrega de algo propio; es más, de entregarse uno mismo y del todo. Pero hay que ser generosos, como decía Juan Pablo II a una multitud de jóvenes: «Sí, Cristo os llama, pero Él os llama de verdad. Su llamada es exigente, porque os invita a dejaros *capturar* completamente por Él... Su llamada es exigente porque nos enseña lo que significa ser verdaderamente humanos» (*Discurso a los jóvenes en Galway*, 30-IX-1979).

Cuesta, ¡claro que cuesta! Para esto precisamente te ha dado Dios la libertad, para amarle más; porque no quiere seres que le amen obligados, sino libremente. ¿Para qué quieres tú la libertad? ¿Sólo para escoger bienes parciales, pequeños? «Ser verdaderamente libres significa *usar la propia libertad para lo que es un bien verdadero*» (*Carta*, n. 13). Y Dios es la Verdad, el Bien verdadero. La realización total de la persona en cuanto persona también humanamente– está en conocer y amar a Dios sobre todas las cosas, en cumplir ese primer mandamiento de la Ley de Dios, en dejarse

capturar por Él. ¿Para qué queremos la libertad en esta vida si no la empleamos en lo único que merece la pena absolutamente? «Cuando Dios Nuestro Señor concede a los hombres su gracia, cuando les llama con una vocación específica, es como si les tendiera una mano, una mano paterna llena de fortaleza, repleta sobre todo de amor... Espera el Señor que hagamos el esfuerzo de coger su mano... Dios nos pide un esfuerzo, prueba de nuestra libertad» (San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 17).

Ante el Amor de Dios que nos propone una vida de entrega –de aventura ciertamente– la respuesta ha de ser generosa y llena de fe, como respondió nuestra Madre Santa María: «“He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). Desde el primer momento, María profesa sobre todo "la obediencia de la fe", abandonándose al significado que, a las palabra de la Anunciación, daba aquel del cual provenían: Dios mismo» (Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris Mater*, n. 15).

Esa palabra: ¡Hágase!, *fiat* en latín, tiene unas resonancias divinas, una eficacia insospechada. Cuando Dios la pronuncia al comienzo de los tiempos –«Hágase la luz» (Gn, 1,3)– Dios crea. Cuando la pronuncia la Virgen María –«Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38)–, Dios se hace Hombre. Y cuando Jesucristo en el huerto de los Olivos le dice a su Padre: «No se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc 22,43) comenzó a realizarse la Redención de los hombres por la Pasión del Señor. Es una palabra que los sacerdotes siempre dicen justo antes de la Consagración, y por sus palabras Jesús vuelve a bajar a nuestros altares. Dios llama a algunas personas –porque las quiere más cerca suyo– con una llamada de predilección, y espera esa palabra llena de fe – ¡Hágase!– para realizar milagros en esta tierra, como hizo con el criado de aquel centurión: «vete y que se haga según tu fe» (Mt 8, 13).

¡Hágase!, ¡Fiat! Palabra humana con eficacia divina que Dios está esperando de ti para realizar milagros en el mundo de hoy. «En esta hora de Dios, la de tu paso por este mundo, decídette de verdad a realizar algo que merece la pena: el tiempo urge, y ¡es tan noble, tan heroica, tan gloriosa la misión del hombre –de la mujer– sobre la tierra, cuando enciende en el fuego de Cristo los corazones mustios y podridos! –Vale la pena llevar a los demás la paz y la felicidad de una recia y jubilosa cruzada» (*Surco*, n. 613).

Si ves que Dios te llama dile que sí: hágase, cúmplase en mí ese proyecto que Tú tienes. Si no, de poco habrá valido nuestra existencia, pues «El que ama su vida la perderá...» (Jn 12,25).

EL ENEMIGO

14. El diablo

Podría ser muy sencillo que los hombres fuéramos conociendo y amando a Dios y nos fuéramos al Cielo sin más complicaciones, viviendo la Vida de Dios ya en esta tierra. Pero resulta que «por envidia del diablo» (Sb 2,24) las cosas no son tan fáciles. Yo sé que a Satanás no le gusta la publicidad porque el muy ladino aparenta ser muy *humilde* y no quiere propaganda. Pero vamos a dársela aquí, como hace un tiempo lo hizo el Papa (*Audiencias* del 13-VIII-1986 y 20-VIII-1986). Y vamos a hablar de él porque es el enemigo contra el que hay que luchar, y si uno no conoce contra quién ha de lanzar la pelea tiene bastantes boletos para perder la partida.

Varios datos de este enemigo: es un ángel Dios creó ángeles y les puso una prueba. Muchos de ellos *cayeron*, pecaron por su propia voluntad y Dios los precipitó en el tártaro (cfr 2 P 2,4) o infierno. «El diablo desde el principio peca» (1 Jn 3,8), «es

homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no estaba en él» (Jn 8, 44), es el padre de la mentira. ¿Y qué pretende? Pues como «es homicida, es decir, *destructor de la vida sobrenatural, quiere destruir la vida según la verdad, la vida en la plenitud del bien, la vida sobrenatural de gracia y de amor*» (Audiencia, 13-VIII-1986). El diablo va a procurar que no se lleve a efecto ese deseo de santidad que Dios pone en nuestra alma. Por eso Jesucristo, que nos dice que no tengamos miedo a nadie en esta tierra, sí nos avisa que hemos de temer a uno, «a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehenna» (Mt 10,28).

No podemos vivir como si el diablo no existiera, porque sí existe y está muy activo, Este tiempo nuestro en la tierra es tiempo de lucha. Nos dice san Juan en el *Apocalipsis*: «Se trabó una batalla grande en el cielo: Miguel y sus ángeles pelaban contra el dragón... Fue abatido aquel dragón descomunal, aquella antigua serpiente, que se llama diablo, y Satanás, que anda engañando al orbe universo; y fue lanzado a la tierra, y sus ángeles con él» (Ap 12, 7-9). Poco después, ese libro sagrado nos narra la batalla que perdió contra la mujer y «con esto, el dragón se irritó contra la mujer y se marchó a hacer la guerra contra los demás de la casta de ella, que guardan los mandamientos de Dios, y mantienen la confesión de Jesucristo» (Ap 12, 17). Resuenan en nuestros oídos las palabras que se escucharon en el Paraíso: «Pongo enemistad entre ti –dijo Dios a la serpiente– y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza» (Gn 3, 15).

Si quieres vivir en amistad con Dios, si quieres ser hijo de María, prepárate a ser tentado y lucha. Nos lo dice el apóstol san Pedro: «Estad en vela, porque vuestro enemigo el diablo, anda dando vueltas como león rugiente alrededor de vosotros, en busca de presa que devorar» (1 P 5, 8). No se le ve porque es espíritu, pero hay que descubrirle.

15. Las tentaciones

El diablo es un mentiroso y tiene muy mala idea. Quería indicarte algunas de las argucias que intenta para que las tengas en cuenta: a) Que pienses que no entra en el examen, b) que pienses que tú puedes resistir, y c) que pienses que un detalle no va a ningún lado.

a) En toda tentación el diablo presenta una apariencia de bien, algo que agrada. Quiere llevarle a uno a pensar que eso no es tan malo como parece, a que diga: «eso no es pecado» Cuando el joven rico le preguntó al Señor qué debía hacer para alcanzar la vida eterna, Jesucristo le contestó: «cumple los mandamientos» (Mc 10,20), y el Papa nos dirige una pregunta a todos los jóvenes en su carta: «¿Sabes los mandamientos?» (*Carta*, n. 6), y nos interroga sobre el estado de nuestra conciencia. «Ella *acusa* o *excusa*. Hace falta, sin embargo, que la conciencia no esté desviada: hace falta que la formulación fundamental de los principios de la moral no ceda a la *deformación* bajo la acción de cualquier tipo de relativismo o utilitarismo».

La conciencia la tenemos para reconocer lo que es bueno o malo según el punto de vista de Dios, no para crear la bondad o malicia de las acciones según nos parezca a nosotros. Por eso es muy importante que te formes bien la conciencia, para que en el día del examen final de tu vida no digas: ¡Ah, yo pensaba que esto no entraba en el examen! El enemigo está muy empeñado en engañarte, en que digas: «esto para mí no es pecado.»

b) Una segunda treta del diablo puede ser, una vez que sabemos a ciencia cierta que tal ambiente, tal situación, tal programa... puede inducirnos a pecar, nos lleva a

pensar que a uno *no le afectan esas cosas*, que uno *ya se conoce*; que uno, si quiere, puede no ofender a Dios. A tal propósito me acordaba de lo que Homero cuenta en la Odisea:

Había un estrecho en la costa donde se encontraban unas rocas escarpadas. Allí vivían unas sirenas que cantaban encantadoramente, de tal manera que los marineros, hechizados, se olvidaban de los remos y del timón, y el barco a la deriva iba a estrellarse contra las rocas. Ulises quiso pasar por aquel estrecho y oír el canto de las sirenas, pero a la vez poner el barco a salvo. Para ello mandó a los marineros ponerse cera en los oídos, se hizo atar en el mástil y obtuvo de los marineros la promesa de no desatarlo diera la orden que diera, hasta no haber pasado el estrecho. Cuando lo cruzaban, Ulises las oyó cantar y hacía esfuerzos frenéticos para detener el barco y gozar de aquel canto. Únicamente la imposibilidad de detenerlo salvó la embarcación.

El diablo, como es espíritu y además es muy viejo, nos conoce muy bien, y nosotros, que llevamos pocos años en esta tierra, nos conocemos bastante poco. Llevamos tesoros en vasos de barro (cfr 2 Co 4,7); en nuestra alma en gracia inhabita Dios mismo, pero somos como de cristal. Meterse voluntariamente en la tentación o no querer salir de ella es dejarse timar por el diablo. Cuando uno se conoce mejor, sabe que *esas cosas* sí afectan (especialmente en el terreno de la pureza), y la solución es huir, no fiarse de uno mismo. Querer jugar en la cuerda floja entre el pecado venial y el mortal es de tontos. El diablo lo presenta como *pasarlo bien*, cuando en realidad uno lo pasa mal (como Ulises). Esa situación de ocasión de pecado puede ser ya una ofensa a Dios; esto si uno no estrella el barco, porque si lo pierde, además se tiene la sensación del *timo de la estampita*. Hemos de valorar mucho el Amor de Dios y ejercitar la humildad y la fortaleza para no ser tontos y creer que ya *nos conocemos*.

c) Y te señalo una tercera manera de tentar que tiene el diablo, y es susurrando que un detalle no va a ningún lado: porque descuides los sentidos, porque no luches por llegar puntual a Misa, porque no obedezcas en casa,... tampoco se hunde todo ¿no? Y ése es el error, creémoslo. De una manera tan tonta cayó Bizancio. El joven y cruel sultán Mohamed, con la ambición de construir un gran imperio turco, sitió Constantinopla. La que fuera capital del Imperio Romano de Oriente durante mil años, estaba a punto de ser arrasada por ciento cincuenta mil guerreros que lanzaban sus ataques una y otra vez contra las potentísimas murallas y sus ocho mil defensores. Mohamed, impaciente, después de varias semanas de fracaso, reunió a sus bajas y decidió para el 29 de mayo de 1453 el gran asalto decisivo. Para estimular la acometividad de sus guerreros: ¡*Jagma, jagma!*, ¡*Pillaje, pillaje!* Este es el grito de combate. Después del asalto, las tropas tendrán derecho al saqueo y al pillaje.

Una tras otra son rechazadas las oleadas del ejército otomano. Pero algo ocurre incomprensiblemente. Por una de las múltiples brechas de la muralla exterior han entrado unos pocos turcos: descubren que una puerta del muro interno, la llamada Kerkaporta, ha quedado abierta por un incompresible descuido. Es absurdo que esté abierta, porque desde ella hay un camino que conduce al corazón de la ciudad. Piden refuerzos y la tropa penetra en el interior de Bizancio. Los defensores, al descubrir a los turcos detrás de las propias filas, huyen. Acaba toda resistencia. Después, el saqueo es espantoso: matanza de personas, obras de arte rotas a martillazos, los libros –sagrado depósito del saber de muchos siglos– son quemados y Santa Sofía, la catedral de Justiniano, es convertida en mezquita. Acababa de hundirse para siempre el Imperio Romano de Oriente. No bastarán mil años para recuperar lo que se perdió en una hora por culpa de un hecho insignificante: el que la Kerkaporta, la puerta olvidada, estuviese abierta (cfr Stefan Zweig, *Momentos estelares de la humanidad*).

En la vida espiritual no hay detalles de poca importancia, y el diablo lo sabe. Tú también debes saberlo y huir de esas verdaderas tentaciones que nos apartan del Amor de Dios. «Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque, probado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman» (St 1,12).

16. El pecado

El enemigo unas veces tienta en cosas pequeñas, en detalles de piedad, de laboriosidad, de puntualidad, etc., y otras veces en cosas grandes. Pero su objetivo siempre, aun en esas cosas que no son graves, es ir ganando terreno para acercarse al pecado mortal: a separarnos radicalmente de Dios. Como le interesa bien poco que le descubramos, en primer lugar lo que hace es desfigurar la noción de pecado: ¿Cómo voy yo, tan pequeño como soy, a poder ofender a Dios?, ¿cómo voy a ser capaz de realizar algo tan horrendo, tan feo y monstruoso?, ¡pero si yo no voy contra Dios...!

Por eso es muy importante que sepas qué es el pecado desde el punto de vista de Dios, para no crearse temores falsos ni para vivir como si el pecado fuera un fantasma que no existe. Para saberlo vamos a ir al Maestro, no sea que otros nos vayan a engañar. Pues bien, nos habla Jesucristo –ya lo recuerdas– de un padre muy bueno, buenísimo, que tenía dos hijos. «El más joven de ellos dijo al padre: «Padre, dame la parte correspondiente de la hacienda» (Lc 15, 12). Quizá aquel joven, a quien no faltaba de nada en su casa, veía por las tardes ponerse el sol en la lejanía, más allá de las tierras de su padre y pensaba: «Si me voy, si dejo las normas y costumbres de la casa paterna, lograré ser yo mismo, seré libre». Su imaginación le decía eso, y un buen día se marchó. Al cabo de un tiempo le vemos pasando hambre, durmiendo en el suelo, intentando comer bellotas...; pero sobre todo estaba sin dignidad y despreciado, ¡él, que era hijo de un gran señor...!

Es la situación de quien cede ante la tentación y comete un pecado. Aquel joven no quería mal a su padre, ¡ni mucho menos!; pero al irse de la casa dio un disgusto a su padre y se rompió la relación con él. En el pecado mortal se produce una *ruptura* con Dios, se pierde la vida sobrenatural, se *muere* a la Vida de Dios, aunque no sea eso lo que se pretenda al saltarse un mandamiento. «Siguiendo la tradición de la Iglesia –dice Juan Pablo II–, llamamos *pecado mortal* al acto mediante el cual un hombre, con libertad y conocimiento, rechaza a Dios, su ley, la alianza de amor que Dios le propone, prefiriendo volverse a sí mismo, a alguna realidad creada y finita, a algo contrario a la voluntad divina» (*Reconciliación y Penitencia*, n. 17); es decir, cada uno y «todos los actos de desobediencia a los mandamientos de Dios en materia grave» (*Ibidem*).

Por eso, según la doctrina de la Iglesia no es verdad lo que algunos llegan a afirmar: «que el pecado mortal que separa de Dios sólo se verifica en el rechazo directo y formal de la llamada de Dios, o en el egoísmo que se cierra al amor del prójimo completa y deliberadamente. Sólo entonces –dicen– tendría lugar una opción fundamental» (Decl. *Persona humana*, n. 10). No se puede decir que uno lleva una vida recta en general cara a Dios, aunque en ciertos momentos desconecte de sus Normas, porque la amistad con Dios –como en la humana– puede bastar con un solo acto para que esa relación se rompa. El pecado es un gran misterio: la criatura reniega de su Creador, se salta esos mandatos, no obedece pensando, más o menos conscientemente: «Dios dice..., pero yo hago lo que quiero.»

Desde luego nuestra relación con Dios no puede ser de temor al castigo; es una relación de amor, y por eso, cuanto más se le ama, más se teme ofender a ese Padre nuestro que es Dios. Pero no debemos confundir a Dios «con una abuela chocha que hace la vista gorda cuando su nietecilla descubre el escondite de los caramelos y no le

reprende, como si no pasara nada. No, no podemos forjarnos un Dios a nuestro gusto. No podemos pretender que sea como nos conviene. Este Dios bonachón, senil, que hace la vista gorda, no existe. Es misericordioso, sí, pero también justo» (Leo J. Trese, *Dios necesita de ti*).

Es Amor, es Misericordioso, es... un Padre, pero uno ha de comportarse como un buen hijo. Si decimos que Le amamos haremos lo que Él desea, y lo primero que quiere es que cumplamos los mandamientos. Cuando uno valora de verdad el amor de Dios, se aleja de todo lo que le pueda realmente dañar, quitar esa relación de amistad con Él. Por eso, nos dice el Fundador del Opus Dei. «No olvides, hijo, que para ti en la tierra sólo hay un mal, que habrás de temer, y evitar con la gracia divina: el pecado» (*Camino*, n. 386).

17. El infierno existe

Dos amigos quedaron para esquiar. Juan pasó a recoger de madrugada con el coche a Pedro. En el camino iban hablando de lo bien que se lo iban a pasar. Pero a la mitad del trayecto, en una recta larguísima, el coche hizo *poof, poof* y se paró. Juan exclamó: «Ya lo sabía..., me lo temía.» Pedro le preguntó: «¿Qué te temías?» «Pues que nos íbamos a quedar sin gasolina» «¿Cómo? –gritó Pedro–, ¿lo sabías y no has parado en la gasolinera que hemos pasado hace un rato?» El plan se había echado a perder y eran todavía las ocho de la mañana. Pedro bramaba, sobre todo cuando tuvieron que empujar el coche por aquella carretera por la que no pasaba nadie, mientras seguía increpándole: «¡Si lo sabías, por qué no echaste gasolina, por qué no me lo dijiste!»

Debe ser bastante molesto para una persona darse cuenta después de morir que resulta que sí existía el infierno. ¡Con las ilusiones que yo tenía, con lo bien que me lo tenía que pasar...! Y es verdad, porque hemos sido creados para ser felices. En esta vida estamos para ganarnos la otra, que es la que perdura para siempre y donde tenemos que pasarlo muy bien.

Todos sabemos que tiene que existir un premio por las obras que se realizan en esta tierra donde tantas cosas no se ven y no han recibido premio: tantos sacrificios ofrecidos a Dios, tantos ratos de oración, tantas obras de servicio. Y tiene que existir también un castigo para las ofensas que se han cometido contra Dios o los demás, que no han sido juzgadas y castigadas debidamente. Todos sabemos que existe el infierno, pero algunos prefieren no pensarlo y viven como si no existiera. Y al final de su vida se pueden llevar una sorpresa: «¡Ah, me lo temía, lo sabía, pero...» Entonces no vale decir: «*Creí que...*»: ¡Toda la eternidad a empujar!, que no será una broma. Por no querer parar, reaccionar, pedir perdón en su momento, les espera una eternidad de sufrimientos.

Algunos *creen que*: «Pero ¿cómo siendo Dios tan bueno va a ser capaz de castigar tan duramente? Seguro que es un escarmiento temporal, que no será para tanto.» Te repetiré que ese Dios bonachón, senil, no existe. «Hay mucha propensión en las almas mundanas a recordar la Misericordia del Señor. –Y así se animan a seguir adelante en sus desvaríos. Es verdad que Dios Nuestro Señor es infinitamente misericordioso, pero también es infinitamente justo: y hay un juicio, y Él es el Juez» (J. Escrivá de Balaguer, *Camino*, n 747).

El mismo Dios nos lo ha dicho: «A la manera, pues, que se recoge la cizaña y se quema ene! fuego, así será en la consumación del mundo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles y recogerán de su Reino todos los escándalos y a todos los obradores de iniquidad, y los arrojarán en el horno de fuego, donde habrá llanto y crujir de dientes»

(Mt 13, 40-42). Más vale fiarnos de lo que nos dice Jesucristo que fiarnos del propio criterio, tan interesado en que no exista. Para que no nos queden dudas, la Iglesia ha definido «como verdad de fe que, según la común ordenación de Dios, las almas de los que salen del mundo con pecado mortal actual, inmediatamente después de su muerte bajan al infierno, donde son atormentados con penas infernales» (Benedicto XII, Const. *Benedictus Deus*. DS 531).

También la Santísima Virgen nos ha querido manifestar su existencia para que evitemos el pecado, motivo por el que se va al infierno. En Fátima se lo mostró a tres niños, una de los cuales cuenta lo siguiente: «Nuestra Señora separó de nuevo las manos como en las veces precedentes. El haz de luz proyectado pareció penetrar en la tierra y nos vimos como dentro de un gran mar de fuego. Dentro de este mar estaban sumergidos, negros y ardientes, los demonios y almas en forma humana, semejantes a brasas transparentes. Sostenidas en el aire por las llamas, caían por todas partes igual que las chispas en los grandes incendios, sin peso ni equilibrio, entre grandes gritos y aullidos de dolor y desesperación, que hacían temblar de espanto. Fue seguramente ante esta visión cuando yo lancé la exclamación de horror que se asegura fue oída. Los demonios se distinguían de las almas humanas por sus formas horribles y repugnantes de animales espantosos y raros, pero transparentes, igual que carbones encendidos. Esta visión duró sólo un instante... La Santísima Virgen nos dijo con ternura y tristeza: “Habéis visto el infierno, donde van a terminar las almas de los pobres pecadores”» (Sor Lucia, Tercer cuaderno).

Conviene en nuestra vida hacer un esfuerzo por vivir en gracia de Dios e ir a gozar del Cielo, que ya bastantes trabajos tiene la vida. Te lo diré con un fandango que cantan en Huelva:

«El que nace tonto y feo,
y queriendo no es querido,
si después se va al infierno,
¡vaya juerga te has corrido!»

Que no tengan que decirte tus amigos a final de cuentas: «si lo sabías, ¿por qué no me lo dijiste?» La mejor obra de caridad que puedes hacer es animar a la gente que conoces a vivir en amistad con Dios, y a que se confiesen si les hace falta. Haz que piensen un poco, ayúdales a que sean verdaderamente sabios.

PARA VENCER

18. La misericordia de Dios

Cierto filósofo chino había sido primero seguidor de Confucio, luego se hizo budista y finalmente cristiano. Alguien le pidió que expusiera en dos palabras la diferencia entre las tres grandes religiones. «Supón que un hombre ha caído en un hoyo profundo del cual no puede salir –dijo–. Confucio cruzaría los brazos y diría: “Merecido lo tienes por haber sido tan estúpido de caerte en él”. Buda se sentiría lleno de simpatía y daría consejos al hombre para salir trepando. Nuestro Señor se agacharía y levantaría al hombre para sacarle del hoyo» (Drinkwater, *Historietas catequéticas*).

Dios es un Padre muy bueno que quiere que todos los hombres nos salvemos. Pero como los hombre fuimos engañados por el enemigo desde aquel primer pecado de origen que nos relata el *Génesis*, quiso Dios *echarnos una mano* librándonos del pecado. Y lo hizo al modo de una obra de misericordia, aquella de *redimir al cautivo*. ¿Te

acuerdas? En el siglo XVI, cuando un cristiano era apresado por los musulmanes, otra persona podía redimirle pagando un precio. Eso sucedió, por ejemplo, con Cervantes.

Pues bien todos nacemos con el pecado original y somos esclavos del diablo. Y esto se agudiza con los pecados personales. Los hombres no podíamos liberarnos de esta atadura hasta que Dios hizo esa gran obra de misericordia que fue la Redención. Nos ha redimido pagando en rescate el precio de su Sangre. Dios envió nada menos que a su Hijo Unigénito para que, muriendo en la Cruz, entregándose totalmente, los hombres pudiéramos vivir en libertad como hijos de Dios (cfr Gl 4, 31). Sin embargo, para que esto le afecte a uno personalmente, cada cual ha de aplicarse los méritos de la Cruz. Para ello hay dos sacramentos instituidos por Jesucristo: el Bautismo –que nos libera del pecado original y de los pecados personales– y el sacramento de la Confesión –que libera de los pecados cometidos después del Bautismo–.

Dios es misericordioso y ha puesto a nuestra disposición los medios necesarios para que vivamos en gracia, para que vivamos en amistad con Él; pero hace falta que uno ponga un mínimo de su parte: acercarse a los Sacramentos. Está dispuesto a perdonarnos no una ni dos veces, sino siempre; las veces que haga falta. Pero se precisa querer y acudir al sacerdote que nos absuelve: «A quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados» (Jn 20,23). El Señor nos pide humildad: si nos hemos equivocado y apartado de Él, quiere que volvamos a Él contritos, con dolor de corazón. Con dolor de verdad, que se hace objetivo al exponer los pecados al sacerdote. Y Dios, que es Juez nos perdona a través del sacerdote.

En esta vida está dispuesto a perdonarnos siempre, porque podemos equivocarnos y arrepentimos. Pero en la otra ya no cabe el arrepentimiento porque la voluntad queda como cristalizada con la muerte. En el gesto, con la cara que a uno le pille la muerte así queda para siempre. Eso decía una señora a su hijo que ponía caras raras: –Hijo, no hagas eso que como te dé un aire te vas a quedar así para siempre. Recuerda la frase que pone el clásico en boca del Rey Lear: «¡Miserable del hombre que se arrepiente tarde» (Shakespeare, *El Rey Lear*).

Para vencer en la lucha contra el maligno, para irnos al Cielo, éste es un medio no sólo necesario sino muy importante. Y no sólo para cuando haya cosas de importancia, pecados graves. Si quieres ser cada vez más amigo de Dios, lo has de recibir con frecuencia. ¿No se piden perdón muchas veces los que se aman? Pues tú igual con Dios. Por eso nos decía el Papa Pío XII: «Para progresar cada día con mayor fervor en el camino de la virtud, queremos recomendar con mucho encarecimiento el piadoso uso de la Confesión frecuente, introducido por la Iglesia no sin una inspiración del Espíritu Santo; con él se aumenta el justo conocimiento propio, crece la humildad cristiana, se hace frente a la tibieza e indolencia espiritual, se purifica la conciencia, se robustece la voluntad, se lleva a cabo la saludable dirección de las conciencias y aumenta la gracia en virtud del Sacramento mismo» (Enc. *Mystici Corporis*, DS. 3818).

«¡Ah!, pero es que cuesta mucho ir a confesarse.» Mira, acababan de hacer la Primera Confesión un montón de chicos de ocho años Cuando salían, su padre te preguntó a uno.

– ¿Qué tal?

– Bien, Me ha dicho el sacerdote que vuelva dentro de quince días.

– ¿Ah sí?, y eso te costará mucho ¿no?

– ¡Qué va, eso está *tirado*, contestó el chaval, y con voz solemne añadió: –Lo que cuesta es hacer una confesión de ocho años.

Pues eso te digo yo, que *está tirado*. Basta poner un poco de empeño. Dios quiere otorgarnos muchísimos bienes a través de este Sacramento, pero espera que hagamos un esfuerzo de acercarnos a él. Fíjate que es un medio que nos da mucho y es muy fácil de cumplir (examen de conciencia, dolor de los pecados, propósito de la enmienda, decir los pecados al confesor y cumplir la penitencia) Aprovéchalo. ¿Cada mes?, ¿cada quince días?, ¿cada diez? Y siempre que te haga falta, que Dios no se cansa de perdonarnos.

Iba un señor con su hijo pequeño en un tren de cercanías de una ciudad populosa. El tren iba lleno y todo el mundo callado, cuando el niño se puso a llorar y berrear. La gente miraba desde todas partes hacia ellos. El padre, puesto en cuclillas y con un juguete en la mano, hacía todo lo posible para que se callara, pero era inútil. En una parada, antes de bajarse, una señora le dijo muy enfadada: –Si hubiera sido mi hijo, yo ya le habría dado dos tortas. A lo que exclamó el señor aquél: –Si señora, si hubiera sido suyo yo ya se las habría dado también.

No olvides que Dios es tu Padre
que te espera en este Sacramento
de la misericordia.

19. La lucha del cristiano

El cristiano ha de luchar, porque «la vida del hombre sobre la tierra es una perpetua lucha», como nos decía Job (Jb 7,1). Pero no pienses que esta lucha ha de dirigirse contra una persona o un grupo. No, la lucha del cristiano es contra la injusticia, es decir, contra el pecado que es la gran injusticia y la fuente de todos los desórdenes que se producen en la sociedad. Es verdad que hemos de procurar cambiar la sociedad para que en ella reinen los valores verdaderamente humanos. Pero la contienda a brazo partido que hemos de sostener cada uno ha de ir a la causa, contra ese cómplice del que se vale el diablo para trastocar todo; contra lo que podemos dominar como *Don Yo*: la soberbia.

¡Ah, es muy fácil decir que las cosas están mal, que los demás tienen que cambiar...! Lo que es difícil es decir que yo tengo que cambiar; que yo tengo que ser mejor, que tengo que obedecer. Eso sí que cuesta porque, además, es una lucha que dura todos los días. De esta contienda te he hablado del primer paso para que el *Yo* esté ordenado: luchar contra el pecado; huir de las tentaciones y, si uno *mete la pata* confesarse. Pero ahí no queda la cosa. La vida cristiana no se reduce a evitar el pecado. Como después del pecado original «permanece en nosotros la inclinación al mal, esa terrible atracción que ejercen sobre la voluntad y sobre los sentidos los bienes creados, que nos invitan a abandonar el camino que nos lleva a Dios» (F. Luna, *Por qué mortificarse*), hay que luchar contra esas malas inclinaciones, y eso es la mortificación. «Mientras no se pierda el miedo a la mortificación, estaremos condenados a vivir una vida espiritual mediocre en la que no existirá verdadero progreso sobrenatural. Porque seguiremos esclavos de nuestros caprichos.» (*Ibídem*)

A nosotros nos sucede algo parecido a lo que sucede con las guitarras. Para que el maestro pueda arrancar melodías acordes no basta con que no esté rota la caja o el mástil, ni que estén las seis cuerdas. Hace falta además que las cuerdas estén tensadas, afinadas. Pues nosotros, si no estamos en cierta *tensión*, no podemos alabar a Dios como es debido. Y esta *tensión* nos la da la continua lucha contra los caprichos de *Don Yo*. A uno le conviene no dejarse llevar por la ley del *me apetece*, no sólo porque así uno se parece a los animalitos, sino porque para la vida espiritual esto es fundamental.

Si uno no estudia o no obedece porque no le apetece, o mira todo lo que le gusta, o lee lo que le placen o está excesivamente pendiente de su figura, de quedar bien..., aparte de que a veces pueda ofender a Dios, es que se está incapacitando para poder *ver* a Dios, porque lo que tiene en su corazón es otro señor distinto de Él.

En 1539 murió la emperatriz, mujer de Carlos I, en Toledo, y el cadáver fue trasladado a Granada. Como era verano el cuerpo se corrompió mucho, de tal manera que, cuando el Marqués de Lombay abrió el ataúd para una última identificación antes de proceder al entierro, no pudo saber si el cadáver era de su difunta soberana. Espantado por este ejemplo de corrupción terrenal, exclamó: «*No más servir a señor queso me pueda morir.*» Lombay renunció a la corte y tomó los hábitos, siendo canonizado posteriormente como san Francisco de Borja. No vale la pena poner nuestro corazón en la belleza humana, pues, como dice la palabra de Dios, «toda carne es como heno, y toda su lozanía como flor de heno. Secóse el heno y cayó la flor» (1 P 1,24); ni tampoco vale la pena servir a los caprichos del *me apetece* si al fin y al cabo, todo eso acabará con la muerte. Piénsalo.

Y una mortificación que nos viene muy bien para vencer la soberbia: la obediencia. «Más agrada a Dios el sacrificio que le hacemos de la propia voluntad, sujetándola a la obediencia, que todos los demás sacrificios que pudiéramos ofrecerle, porque en ellos...» le damos parte tan sólo, en tanto que dándole la voluntad lo damos todo» (San A. M^a. de Ligorio, *Práctica del amor a Jesucristo*). Sabe el diablo de la eficacia de esta virtud, y por eso pone tanta dificultad en ella. Obedeciendo a las personas que Dios pone para que nos orienten –los padres, el director espiritual. etc.– iremos bien. Por eso, el diablo tratará de que no hagamos lo que nos dicen, precisamente lo que nos dicen, y por eso te prevengo.

En las crónicas de un pueblo de Aragón llamado Almudévar se relata un hecho antiguo, un caso judicial. En la Edad Media, cuando la Justicia era muy rudimentaria, en aquel pueblo quien juzgaba era el *Concejo*. Sucedió que el herrero del pueblo mató a una persona; el asunto estaba muy claro y le metieron en el calabozo. El juicio consistía en la sentencia de los concejales. Uno a uno iban diciendo que sí, que como había sido el herrero, según las leyes debía morir. El asunto estaba claro, pero uno de los concejales expuso: –Os habéis dado cuenta que herreros sólo hay uno en el pueblo, y si le matamos nos quedamos sin él; en cambio hay dos tejedores..., si ajusticiamos a un tejedor...

No te quieras engañar
y haz caso a lo que te dicen.

20. Contra corriente

Se conserva en un museo de Roma una *pintada* que fue descubierta en el *Pedagogium* del palacio de Nerón. Representa en trazos simples un asno crucificado y a su lado la figura de un hombre orando. Debajo, una inscripción. El hecho fue que en aquella escuela de pajes imperiales había un alumno que era cristiano: Alexameno. Sus compañeros quisieron un día burlarse de él y cuando llegó a clase encontró en una pared ese dibujo con la inscripción: «Alexameno adora a su Dios.» El joven cristiano, con valentía, respondió escribiendo debajo: «¡Alexameno fiel!» (A.G. Hamman, *La vida de los primeros cristianos*).

No se puede saber cuántas veces, en circunstancias diversas, se repetiría este diálogo en todas las esferas de la sociedad, donde paganos y cristianos vivían codo con codo. Lo que sí sabemos es que la conducta de los cristianos no dejaba indiferentes a

los que convivían con ellos. Muchos se hacían cristianos ante tal testimonio de vida y de sus palabras, como fue el caso del alguacil que acompañaba al apóstol Santiago, hermano de Juan, ante el Tribunal, y que al oírle defender su fe, se conmovió, abrazó la fe en ese momento y murió con el Apóstol (cfr Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*).

Otros, en cambio, ante esa conducta recta y honrada, se enfadaban y provocaban calumnias y dicerías para acabar con ellos. Porque «los santos resultan siempre “incómodos” para los demás» (*Surco*, n. 558). Eran tiempos de prueba para los cristianos y muchos murieron mártires. Pero por eso, por vivir con autenticidad su fe, cambiaron la sociedad en que vivían.

Hoy también es un tiempo de prueba para los cristianos, y quien proclame la verdad que enseñó Jesucristo y quiera guardar una conducta coherente, a veces será tildado de ingenuo, cuando no calumniado y marginado. ¿Cuál ha de ser la actitud del cristiano?: ¡*Alexameno fiel!* Fidelidad. Fidelidad a Cristo y a su Iglesia. El Señor no ha prometido un camino fácil a sus discípulos. Por eso, ¡qué flaco servicio a las almas haría quien, ante las dificultades personales o del ambiente, rebajara las exigencias de la fe y la moral!

En esta época, como siempre, a los cristianos se nos tiene que notar. No podemos vivir el cristianismo exclusivamente en privado, porque si no, no lo viviríamos auténticamente. ¿Qué pensarías de un militar que tuviera vergüenza de ir con uniforme por la calle y dijera que es que ya saben que es militar los que le conocen? Pues que perdería toda su autoridad moral. Los militares están orgullosos de que se note lo que son, porque de alguna manera eso es la vida de su vida. Pues a ti, si quieres vivir la Vida de Cristo, se te ha de notar también. No porque lleves un distintivo en la solapa. No. Pero de ahí, de no tener insignias externas, a que no se note que uno quiere vivir como vivió Cristo, eso tampoco.

«Hoy no bastan mujeres u hombres buenos. –Además, no es suficientemente bueno el que sólo se contenta con ser casi... bueno: es preciso ser “revolucionario”. Ante el hedonismo, ante la carga pagana y materialista que nos ofrecen, Cristo quiere ¡anticonformistas!, ¡rebeldes de Amor!» (*Ibidem.*, n. 128).

Y se tiene que notar –como sucedía con los primeros cristianos y siempre– en que uno no quiere asistir a ciertos espectáculos inmorales, en que no quiere ver ciertos programas de televisión, y lo dice; en que uno *quiere* (no es que *tenga que*) asistir a la Santa Misa, incluso entro semana; en que uno quiere confesarse, etc., y se lo dice a las amistades sin miedo al *qué dirán*. Se manifiesta en mil detalles, como es defender la fe cuando alguien pone en duda alguna verdad revelada, o en otras circunstancias, como en cierta ocasión en un autobús que iba de Badalona a Barcelona.

Era primera hora de la mañana e iba lleno. Un hombre, a quien un muchachito ha dado sin querer un pisotón, profiere una horrible blasfemia. Se callan los pasajeros, pero una joven trabajadora levanta la voz para decir: “Señor, en reparación de esa blasfemia que se le ha escapado a este hermano nuestro: Padre, que estás en el cielo...”. Nadie interrumpe. Y un grupo de voces corea: “Danos hoy nuestro pan de cada día...”.

No te digo que siempre hayas de actuar de igual modo, porque depende de las circunstancias y se ha de obrar con prudencia. Pero has de estar dispuesto a que, por vivir tu fe y decir la verdad, te miren mal, te *hagan el vacío*, e incluso te calumnien o difamen. A eso ha de estar dispuesto el discípulo de Cristo, como nos dice el apóstol san Pedro en una Carta: «Que ninguno padezca por homicida, o por ladrón, o por malhechor, o por entrometido; mas si por cristiano padece no se avergüence, antes glorifique a Dios en este nombre» (1 P 4,15).

Pero sin complejos, sin arredrarse ante la agresividad del ambiente. Es más, la mejor defensa es un buen ataque. Procura tú influir en el ambiente hablando a las claras –también con prudencia– diciendo la verdad. Explicando por qué haces las cosas o porqué no quieres hacerlas. Date cuenta que si algún amigo tuyo no asiste a Misa puede ser porque no sepa la maravilla que sucede sobre el Altar. Si, con cariño y paciencia, le explicas las cosas, podrá empezar a amar lo que empieza a conocer. No desespere. Puedes hacer un gran bien a mucha gente: hacerles verdaderamente *sabios*. Ésta es una obra de misericordia –enseñar la fe al que no sabe– de primer orden, que hace mucha falta.

Y no olvides algo de lo que tienes que hablar enseguida con esos amigos a los que quieres: del Sacramento del perdón: que se confiesen. Hay muchos problemas de fe que no son tales; hay muchos que dicen que *no ven*, y es porque tienen sus ojos sucios, porque llevan encima un montón de basura. ¡Que hagan un acto de humildad y empezarán a ver! Mira que es la mejor caridad que puedes ejercitar con tu prójimo, y Dios te lo recompensará grandemente, como nos dice el apóstol Santiago: «Hermanos míos, si alguno de vosotros se extravía de la verdad y otro logra cambiarle, sepa que quien convierte a un pecador de su errado camino salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados» (St 5, 19-20).

21. Tu Madre del cielo

Te estoy indicando algunos medios que has de conocer y tratar de vivir para amar más al Señor y vencer al enemigo que tan empeñado está en apartarnos de Él. Pues bien, hay una Persona a quien debes tratar y pedir ayuda contra las insidias del diablo: la Santísima Virgen. El diablo no puede nada contra Ella porque es Inmaculada. Ya sabes que hay una lucha entre la serpiente y su descendencia, y María sus hijos espirituales (Gn 3,15). Por eso ser buen hijo de María es señal clara de querer ser buen cristiano.

Después de tres siglos de ausencia de culto público católico en Japón, con la consiguiente persecución, a mediados del siglo diecinueve fueron varios misioneros franceses allí a ver qué quedaba de catolicismo y qué se podía hacer. Con la sotana puesta se pasearon varios días para que alguien se les acercara. Pero nadie lo hizo. Empezaron a construir una iglesia, y un día una viejecita se aproximó a uno de ellos para hacerle, muy despacio, tres preguntas: –¿Está usted casado? –Pues claro que no – contestó el misionero.

–¿Su jefe viste de blanco?. Se dio cuenta que se refería al Papa y contestó que sí.

–¿Venera a una mujer madre de un hombre? Pensó que se refería a la Virgen y dijo que sí. Entonces la viejecita le dijo que era católica, y se lo confiaba pues por la tercera respuesta estaba segura de que ellos eran católicos y no gente enviada por el emperador para encontrar católicos con el fin de castigarlos. Al poco tiempo fue llegando más gente que conocían a aquella señora.

¿Qué devoción puedes tenerle tú a la Señora? La que a ti te guste, la que a ti te dé realmente devoción. Que sea una manifestación de que la quieres y le muestras tu cariño. Fíjate lo que le sucedió una vez a un sacerdote en Sevilla. Era un Domingo de Ramos a las nueve de la mañana cuando, al pasar por una calle encontró a un barrendero barriendo. Se dieron los buenos días, pero el sacerdote, extrañado, le preguntó: –Oiga usted, ¿no se da cuenta de que hoy es domingo y no se trabaja? Pero el otro contestó simplemente: –Sólo barro por donde pasará Ella.

Aunque ese día no tenía que trabajar, al barrendero se le había ocurrido limpiar el trozo de calle por donde pasaría la imagen de la patrona de su barrio; era poca cosa, pero estaba en su mano y así lo hizo por cariño a la Virgen. Era un detalle pequeño, pero en los detalles se muestra el amor. Piensa qué puedes hacer tú. Ella nos ha pedido que le recemos el Santo Rosario. A primera vista puede parecer que uno repite y repite, y que más vale decir otras cosas que salgan del corazón. De acuerdo con las otras cosas, pero, ¿has probado a decirle con el corazón esas frases del Avemaría? Invocamos a la Trinidad: «Dios (*Padre*) te saluda, María», «el Señor (*Espíritu Santo*) es Contigo», «bendito es el fruto de tu vientre, *Jesús*». Y le decimos que es la Madre de Dios, y que ruegue por nosotros en estos momentos y también en el momento de la muerte. ¿No te parecen maravillosas esas frases? Díselas muchas veces. Si, además, vas considerando los Misterios que tocan y vas encomendando intenciones (por el Papa, por tus padres, por tus amigos,...) verás que el Santo Rosario se te hace corto.

Ella te ve y te ayuda no sólo en la lucha contra el enemigo, sino también para que te vayas acercando cada vez más a su Hijo, para que tomes decisiones de mayor amor de Dios. Te he procurado dar unos consejos para que seas verdaderamente *sabio*; y este es mi último consejo: recuerda que Ella es la *Madre del Buen Consejo* y *el Asiento de la Sabiduría*; no dejes de tratarla ningún día. Y Ella estará muy cerca de ti en ese momento tan importante de la muerte –como le decimos en el Avemaría–, y así serás santo, es decir, verdaderamente sabio, porque, como dice el clásico castellano:

Al final de la jornada,
aquél que se salva, sabe,
y el que no, no sabe nada.